Año II Núm. 2

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
DIARIOS Periodicos Y REVISTAS Chilenas

Atenea

~ Revista Mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO: **Enrique Molina:** *El Nacionalismo y la solidaridad americana* □ **González Vera:** *Mientras el tren corría* □ **Eugenio González R.:** *Prosas Breves* □ **Raúl Silva Castro:** *Cuestión de palabras...* □ *Memoria leída ante la Facultad de Ciencias de la Universidad de Concepción, por el Decano don Salvador Gálvez* □ **Marcelle Auclair:** *Journée de convalescence* □ **Angel Cruchaga Santa María:** *Cansancio* □ **Lautaro Yankas:** *La carrera de Féizar* □ **Ing. Santiago Marín Vicuña:** *Los caminos en los Estados Unidos* :: :: :: :: ::

Universidad de Concepción. Chile

Precio: $ 3.00 ~ Abril 30 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela . (Secretario).

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II | ABRIL 30 DE 1925 | NÚM. 2

Enrique Molina

El Nacionalismo y la solidaridad americana

Estudio presentado al Congreso Continental de Educación celebrado en Montevideo en Marzo de 1925.

ENTRE los temas sugeridos para esta Conferencia Internacional sobre educación, figura el de «Cómo las fuerzas educacionales pueden promover la amistad y la buena inteligencia mundiales».

Para poder abordar este amplísimo problema, es menester empezar por ver y considerar los factores que se oponen al establecimiento e imperio de esa amistad y buena inteligencia.

En términos generales no son otros que las seculares rivalidades de los hombres, variables en sus aspectos y terribles como el mar.

Las principales formas que toman son las rivalidades de razas, rivalidades de religiones, rivalidades comerciales y rivalidades de clases.

En nuestra época se han exacerbado hasta el delirio estas dos últimas formas, precipitando en cruentas guerras y revoluciones grandes secciones de la humanidad.

Los educadores y los espíritus idealistas en general, como buenos e ingenuos hermanos predicadores, no han dejado de levantar su voz, de lanzar su anatema contra estos males. El evangelio del amor y de la solidaridad social han estado en sus labios y lo han ofrecido a los hombres como un santo y seña de paz y de progreso. No ha sido otra en el fondo la enseñanza de todas las religiones en la faz social que ellas revisten, aunque sus adeptos, en el fragor de la competencia doctrinaria o en su afán de predominio, se olviden totalmente de ella al tratar a sus adversarios. Pero las fuerzas ancestrales disgregantes y de lucha y las organizaciones correspondientes se han mostrado hasta ahora mucho más poderosas que esa enseñanza idealista, y las rivalidades, a menudo trágicas y sangrientas de los hombres, subsisten como un fenómeno natural.

No hay país del mundo que no se encuentre o no se haya encontrado en nuestra época más o menos agitado por las luchas de clases, por los conflictos del capital y del trabajo que dan lugar a los problemas que se comprenden con la denominación común de cuestiones sociales. No cabe dentro de la índole de este trabajo, ni quizás tampoco de ningún solo trabajo, entrar a proponer soluciones concretas de las cuestiones sociales. Ellas tienen que ser objeto del examen y estudio detallado de los especialistas.

Sin embargo, las fuerzas educacionales pueden «promover la buena inteligencia entre las clases» cultivando hondamente el sentimiento de justicia, o, como se dice con marcada orientación, de justicia social. Las cuestiones sociales no son en el fondo más que controversias sobre el derecho de propiedad y la remuneración del trabajo. No podemos aceptar como solución de los conflictos la total abolición de la propiedad que recla-

man algunas escuelas; pero sí nos es dado orientar a la juventud en el sentido de que se conciba el derecho de propiedad, no de la manera individualista absoluta, propia de las doctrinas romanistas, sino como una función social. Dentro de esta concepción, la propiedad queda sujeta a todas las limitaciones que convengan al interés general; los ricos deben mirar su fortuna como medio de hacer bienes y de coadyuvar al progreso, y a los asalariados les asiste el derecho al holgado bienestar de que deben gozar los miembros de toda colectividad culta.

Pero es interesante observar que ha habido además una especie de rivalidad que se ha sustraído a las condenaciones de la moral y de la religión, que ha pasado a ser como la incubadora y condensadora de todas las rivalidades posibles. Llegado un caso de conflicto agudo, la moral y la religión han santificado y glorificado aun esa forma de rivalidad. Tal ha ocurrido con la rivalidad de las patrias, las rivalidades nacionales. Nada más sagrado que el amor al suelo en que se ha nacido y se ha vivido y, a la vez, casi siempre nada más natural e inevitable. El alma misma se va conformando, va sacando la substancia de su ser de las impresiones panorámicas de los pueblos, de los campos, de los mares de su país. Los sentidos han despertado al llamado de los frutos de la tierra, de sus flores, de algún producto de los nobles animales que moran en ella. A los lugares donde hemos jugado los miramos con un regocijo que nos da elasticidad espiritual. La diafanidad del aire dilata nuestros horizontes sobre el océano y el valle en las horas de los ensueños. A las mujeres de la tierra está ligado el primer abrirse extasiado del corazón ante la indescifrable y atormentada maravilla que es admirar y amar. La escuela teje los primeros lazos de la amistad. Hace ver los tesoros del idioma común, nos presenta viva la herencia moral de los héroes de la raza, artífices y enriquecedores del alma nacional, nos resucita nuestro pasado como terreno de donde arrancan raíces espirituales y nos conduce hasta los límites a donde llega la hermandad nacional. El tiempo va organizando este conglomerado de sensaciones, percepciones, ideas y sentimientos y en cada fibra, en cada

núcleo de este todo orgánico palpita la suavidad, la dulzura de un afecto. La suma de estos afectos que a veces dormita en un sentir contemplativo y platónico, pero siempre algo consubstancial con nuestro ser, forma el amor de la patria.

Considerando el amor desde el punto de vista del cumplimiento de los deberes del ciudadano, se llama civismo.

¿Y qué es nacionalismo? No otra cosa que el mismo amor de la patria convertido en doctrina de independencia económica y espiritual, en afirmación de la personalidad colectiva, y a veces en tendencia de expansión y predominio.

Así tenemos el nacionalismo en las artes y en las letras, que va tras la producción de obras que sean la expresión inconfundible de la idiosincracia y el alma nacionales, afán laudable que significa una de las mejores maneras de enriquecer la vida del espíritu.

Así tenemos el nacionalismo económico igualmente respetable que tiende a que las fuentes de riqueza sean explotadas por los hijos del país y no vivan éstos como tributarios de potencias o capitales extranjeros.

Pero cuando el nacionalismo, lejos de tomar estas formas y de ser el puro amor a la patria, se extrema en gesto de petulancia, de egotismo y desconoce los dictados de la solidaridad social, suele llegar a estados lamentables y constituye uno de los estorbos para el señorío de la amistad y la buena inteligencia mundiales.

Habrán sido tal vez consecuencias superiores a la voluntad de los hombres; pero aparecen como resultados de ese nacionalismo degenerado, la política de la inflación de los armamentos y de la paz armada. Según sus declaraciones expresas, fueron los aliados a la gran guerra de 1914, para concluir con el militarismo y sus calamidades; pero ¡ay! el mundo ha sufrido después una cruel desilusión. La terminación de la ruda contienda ha traído una intensificación del espíritu nacionalista y un afán loco por incrementar los armamentos.

Estos extravíos no han sido sino frecuentes en nuestra Amé-

rica Latina. Un famoso poeta de un país vecino ha salido en años recientes, cual nuevo Tirteo, a arrastrar a las muchedumbres con el prestigio de sus laureles en favor del ideal armamentista. Descarriado Tirteo y triste y abominable prostitución de las musas rebajadas, a valquirias de cuartel. Fué el mismo poeta quien en un momento infortunado dijera no ha mucho en Lima que había sonado para el bien del mundo la hora de la espada, como si esto pudiera traer otra cosa que los males de la tiranía interior o de la guerra exterior.

Y ese poeta es de la tierra cuyo representante se vanagloriaba justamente en el último Congreso Pan-Americano de Santiago del hecho envidiable de que en su nación hubiera por cada soldado dos maestros de escuela. Pero cual más, cual menos, todas las naciones americanas se han dejado arrastrar por el culpable delirio de incrementar sus armamentos; y no es posible desconocer que en esta circunstancia hay que señalar uno de los antecedentes básicos de las insuficiencias y desgracias en que se debaten nuestros pueblos.

Otras veces los nacionalistas se contentan con proclamar a su país el primero de su raza o de su continente, dulce engaño que infortunadamente no siempre resulta sólo candoroso.

Comprendemos que cada país sea para sus hijos el primero en su amor; pero que se guarde un sabio silencio sobre comparaciones estériles, cuando no falsas y perjudiciales. ¡Qué cuadro más trági-cómico, qué coro de opereta el de estos países del nuevo mundo ibérico proclamándose cada cual el primero entre los suyos, mientras su riqueza se va en gran parte en forma de tributos a compañías que los explotan a todos en conjunto, o en forma de armamentos, cuya adquisición fomentan, estimulan y premian también compañías extranjeras! Y tal ocurre por falta de educación en estos pueblos y por falta de unión común entre ellos.

¡Cuánta diferencia entre una y otra América! ¿Cómo hacerla ver con relieve hiriente? El cuadro asume grandes proporciones y el torbellino de la vida suele no permitirnos detenernos a contemplarlo. Reduzcámoslo.

Hace siglos vinieron a desbrozar el nuevo mundo dos hermanos, hombres de empuje y de energía. Ambos fundaron sendas familias vigorosas que contaron más o menos con el mismo número de hijos, a quienes legaron las preciosas heredades que habían empezado a labrar. En este punto comienza a bifurcarse la historia. Los hermanos del norte formaron una cooperativa para trabajar en común sus tierras y ayudarse mutuamente. Los del sur hablaron también, y lo hicieron con elocuencia, de unirse en una sociedad de cooperación. Sea por la naturaleza de sus tierras de carácter más accidentado, por las distancias a que vivían, sea por defecto de preparación u otros motivos, no lo consiguieron, se mantuvieron en hostil separación e iniciaron la fatal tarea de rodear sus lotes de murallas almenadas. Sus campos no pudieron ser bien cultivados porque muchos hombres eran retenidos con el arma al brazo trepados en las murallas espiando al vecino y porque en lugar de los necesarios animales domésticos de labranza, se mantenían costosas jaurías de mastines y bravas fieras adiestradas para guardar las puertas de cada finca.

Los hermanos del norte, no estorbados por estas trabas, fueron convirtiendo sus tierras en campos y jardines de abundancia y bendición para los hombres.

Los hermanos del sur se iban arruinando. Los del norte vinieron en su ayuda prestándoles para vivir de lo que a ellos les sobraba. Puestos en contacto unos con otros, los del norte supieron, gracias a su habilidad y mayor preparación, aprovechar una cantidad de tesoros que habían yacido ignorados para los del sur. Como las obligaciones hay que cumplirlas y no se puede vivir eternamente de fiado, llegó un momento en que los del sur tuvieron, cual corresponde a perfectos hidalgos, que hipotecar sus tierras para pagar. Drama intenso y silencioso, no brusco y catastrófico como la cólera devastadora de la guerra, del ciclón o del terremoto, sino sordo y triste como la ruina que traen los roedores tenaces invisibles de la humedad y de la polilla.

El drama continúa desarrollándose. A nada se llegará con sólo declamar contra los hermanos del norte o contra explotadores de otros continentes. Nos imaginamos que a los hermanos del sur, para salvarse, no les queda más que reformarse por la educación, afirmar su personalidad en obras espirituales y materiales y borrar sus desconfianzas mutuas.

Mas también es menester que los hermanos del norte renuncien a toda idea de imperialismo en este continente, tanto político como financiero. A los universitarios de los Estados Unidos, cuya fuerza y elevación de espíritu pude apreciar personalmente en mi viaje de estudio por aquel país, corresponde la misión de luchar contra toda finalidad imperialista. A ellos se les debe llamar en este sentido, como asimismo a todas las fuerzas verdaderamente espirituales de Norte América.

Augurios llenos de promesas de paz constituyen los recursos al arbitraje que para resolver agrios pleitos internacionales se han instaurado en nuestro continente en el presente siglo. No menos satisfactorias han sido las felices soluciones a que en ellos se ha llegado, como en el caso de Chile y la Argentina y como se acaba de ver en el sabio fallo del Presidente de los Estados Unidos sobre la larga cuestión de Tacna y Arica.

Sólo un nacionalismo bien entendido puede contribuir a la amistad y a la buena inteligencia mundiales, y las fuerzas educacionales pueden tomarlo como bandera en las siguientes proporciones:

El nacionalismo debe ser concebido:

Primero.—Como amor al suelo de cada país y sus pobladores considerados en cuanto núcleos de fuerza en potencia y capaces de inmenso desarrollo;

Segundo.—Como amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad.

Será necesario excluír de la enseñanza de la historia, de la

geografía y de la instrucción cívica todo lo que sea contrario a esos conceptos y tienda a cultivar rivalidades fundadas en hechos del pasado.

ENRIQUE MOLINA.

González Vera

Mientras el tren corría

LLEGÓ a la estación Alameda examinando disimuladamente a cuantos le salían al paso. Procuraba no interesar la atención de nadie.

El recinto de la boletería estaba casi desierto. En un rincón, algunos viejos y mujeres cabeceaban, dominados por un aburrimiento mortal. Apenas adquirió boleto, se dirigió al tren, conteniendo el paso, pues un oscuro impulso lo impelía a correr. El carro de segunda hallábase todavía desocupado.

Dentro de pocos minutos el tren echaría a correr hacia lo desconocido, y entonces diría adiós, quizás si para siempre, a la ciudad que tan atrozmente lo había atormentado.

Sentía aún el griterío de la muchedumbre convulsionada por la movilización. Veía a la turba accionar y gritar insensatamente. Los jóvenes empatriotecidos habían entrado a saco al club de estudiantes, destruyéndolo todo y golpeando sin piedad a los que pretendieron defenderlo. Durante la noche varias imprentas fueron empasteladas y asaltados no pocos salones obreros.

Y como si eso no fuera suficiente, la policía, para congraciarse con la reacción, apresó a cuantos participaban en el movimiento extremista. Alberto sentía gravitar sobre su cabeza el imperativo de una orden de arresto. En los últimos meses, fué redactor de un periódico de ataque. Es cierto que sus escritos no constituían la nota más aguda; pero el momento no se prestaba para hacer diferencias.

La fuga era el único medio aceptable. Su juventud se rebelaba sólo de pensar que pudiese ser estúpidamente encarcelado. No, no le halagaba la posibilidad de quedar tras una reja, desconectado del mundo, ajeno a los afectos. Prefería errar por cualquier parte, luchar con lo imprevisto, ser libre.

El vagón comenzaba a llenarse con gentes de todas las trazas imaginables, que se volvían y revolvían hasta dar con la posición cómoda. Desde el andén ascendía un tumulto de gritos, advertencias y carcajadas. Faltaban pocos minutos para la partida.

Frente al asiento ocupado por Alberto, sentáronse dos señoritas de aspecto infantil. A través de la ventanilla, una señora les hacía innumerables recomendaciones: les preguntaba si querían algo, les pedía que no olvidasen de cuidar las maletas y les indicaba a qué personas debían saludar. Por último, cuando sonó el pitazo, después de despedirse una y otra vez, se dirigió a Alberto, diciéndole:—Ud. me las cuidará, ¿no?—El tren abandonó pesadamente la estación.

Pensó Alberto que su expresión debía de ser muy ingenua por lo rápidamente que inspiraba confianza. La proposición le agradó. Acompañado por las dos jóvenes, podría hacer creer que se trataba del hermano mayor o de un pariente. A nadie se le ocurriría que era un fugitivo, ¡Cuánto le interesaba producir la certidumbre de que era otro hombre! En los diarios de la mañana se anunciaba que expertos pesquisas viajaban en todas direcciones.

Después de varios preámbulos sobre la temperatura, los viajes y otros temas, que permiten transformar el monólogo en diálogo, la conversación se generalizó y rodó por todos los asuntos. Las señoritas hicieron recuerdos de su vida de colegiales.

Corría el tren en pleno campo cuando se abrió la puerta del vagón y entró un oficial de policía acompañado por un hombre joven. Alberto sintió que el techo se aplastaba contra su cabeza. Inconscientemente se achicó. Por un largo minuto no pensó ni sintió nada. Mas en seguida recobró su control. Algo lo estimulaba a ponerse en guardia. Intentó mirar al oficial con mirada

indiferente, con la mirada que puede tener el hombre que nada teme. Este solamente mostraba sus espaldas anchísimas envueltas en una desmesurada capa azul; pero su acompañante estaba a dos pasos, apoyado en un asiento, y lo observaba con sus ojos brillantes, fríos y burlones.

Su mirada, casi sin duda, era una mirada triunfal. Encontrábase, posiblemente, satisfecho de haberlo descubierto con tan escaso esfuerzo. Alberto sintió que su corazón se enloquecía. Le palpitaba tan fuertemente que llegó a temer que pudiera estallarle el pecho. ¡Qué no hubiera dado por tranquilizarse! Si el acompañante advertía sus tremendos latidos, su esperanza de salvarse se desvanecería, y entonces... ¡No quería pensar en eso!

El hombre seguía en su puesto de observación. Estaba envuelto en una capa negra que le dejaba visible el rostro, un rostro ligeramente redondeado, cuya boca era tanto o más burlona que sus ojos. Su vista saltaba de Alberto a las señoritas y luego vagaba en el vacío.

Ese minucioso examen ¿qué objeto tenía? ¿Creía acaso que pudiera haber parentesco entre las tres personas? ¡Qué bueno sería si creyese tal cosa! Y quizás si realmente pensaba en esa posibilidad...

Recordó con júbilo que la policía no podía tener ningún indicio suyo. De los artículos no resultaba fácil deducir sus características materiales. Con idénticas razones podían suponerlo alto o bajo, grueso o delgado, rubio o moreno. Por el tono enérgico de sus escritos era más probable que se le creyese de figura vigorosa. Y si llegaran a esa conclusión, lo buscarían en vano. Aunque su cuerpo superaba la estatura corriente, era sobrio de líneas y producía más una impresión de fragilidad que de fuerza. Y su rostro no reflejaba ni la hosquedad ni la audacia. Tenía algo de pastor protestante y bastante de monje ensimismado.

El tren se detenía brevemente en algunas estaciones, y luego, reemprendía su carrera jadeante. Corría el mayor tiempo hundido entre las sombras. Los pueblos rompían, de rato en rato,

la oscuridad, evidenciándose por sus cinturones de lamparillas eléctricas.

La conversación habíase extinguido. Alberto nada hizo por avivarla. Sabía que entre hermanos no existe propensión a la charla ni interés por cambiar impresiones.

Su divagación se interrumpió al notar que el agente había desaparecido. Pensó fugitivamente en que hubiese bajado; pero, inmediatamente, lo vió con el oficial. Éste escuchaba con el rostro absolutamente quieto. El agente tenía ahora la fisonomía movible. Por intervalos, suspendía su monólogo para sonreír.

Alberto procuró penetrar en el pensamiento de los dos hombres, interpretar sus gestos, oír alguna palabra indicadora; pero el ruido de los rieles, el jadeo del tren y la inmensa voz del viento apagaban las voces menores. Los gestos no eran tan precisos ni tan expresivos como para ser subordinados a una idea sola. Furtivamente, los hombres parecían mirarle. Empero, lo que miraban era todo el espacio ocupado por él y sus compañeras de viaje.

Extraño le resultaba no ser el blanco. Sus compañeras ¿qué tenían de raro para ocuparles la atención por tan largo rato? No eran bonitas ni interesantes. Realmente, no compredía. Tampoco se podía pensar que les gustase el paisaje. Más allá de la ventanilla sólo había sombra. Entonces, ¿qué los preocupaba?

Sí. Ése era el problema. Lógicamenie, debía ser su persona el tema de la charla. Y si no le clavaban la vista, era por no desesperanzarlo antes del minuto indicado. Hallábase solicitado por un cúmulo de hipótesis, y, paralelamente, sin quererlo, recordaba hechos indiferentes, ajenos a su estado de acongojamiento espiritual. Su conciencia oscilaba como un péndulo; iba de una suposición a otra; experimentaba la turbación del viajero que se encuentra en una ciudad jamás vista.

En ese momento, hubiera anhelado ser comprendido por cualquiera, sin recurrir a las palabras. Miraba porfiadamente a su rededor e intentaba, con absurda insistencia, que alguien recibiese su mensaje mudo. El sueño había enclaustrado todos los espíritus, la carne yacía inerte.

Estaba circundado de vacío. Nadie podía oírlo ni comprenderlo. Talvez si diese un grito, un grito que horadase todas las distancias; pero no podía gritar. Además, era inútil hacerlo. Las gentes volverían a la realidad, se inquietarían y terminarían por hacerlo apresar. Sus perseguidores, tendrían oportunidad de ponerle la mano encima. Y tendría que descubrirse y explicarse. No podía gritar ni hacerse comprender por nadie. Su angustia era indivisible.

Siguió a su estado de exaltación, de rebelión interna, otro de quebrantamiento. Sus instintos se apagaron. Estaba en un círculo incomprensivo que no reaccionaba en el sentido deseado por él. Inútil, infinitamente inútil sería toda acción. Había que amoldarse a las circunstancias, cerrar los párpados y resistir la presentida tempestad.

En algunas horas más debería seguir a los dos hombres hasta la prefectura más cercana, y luego de ser interrogado, lo encerrarían en la cárcel, codo a codo con asesinos y ladrones. Tal vez tendría que estar todo el tiempo en una celda húmeda, sin claridad, entregado al fastidioso afán de desmenuzar pensamientos y forjar planes para un futuro hipotético. Y así, poco a poco, iría perdiendo su vinculación con el mundo, y en un instante fatal, moriría sin la presencia de ningún rostro amigo. Moriría sin que nadie lo supiese ni lo lamentase. Y sería sepultado, y nunca más sabría nada y no podría ni siquiera sufrir. El sol, la alegría, la esperanza, los afectos; el mundo horrible y hermoso, se le escaparían de la conciencia. Y con el tiempo, así como los demás, no estaría ni muerto, porque ya nadie lo recordaría.

El oficial y el agente permanecían cerca de un promontorio de maletas. Miraban distraídamente a derecha e izquierda. No conversaban. Parecían aburridos.

La media noche densificaba las sombras y extrangulaba los rumores. El tren había dejado atrás una larga cadena de pueblos y ciudades. Los viajeros se renovaban de estación en estación.

Alberto encontraba anormal que todavía no lo hubiesen ba-

jado. ¿Por qué no lo hacían? No era, seguramente, porque faltasen presidios en los pueblos ya atravesados. No podía ser ésa la razón. Además, si realmente pensaban detenerlo, lo conducirían a la capital, y ocurría que cada minuto se alejaban más y más. La conducta de sus perseguidores resultaba incomprensible. ¿Por qué no lo detenían desde luego? Ahora, si querían vigilarlo hasta el punto de término, la cuestión resultaba más justificada. Pensaba, sin embargo, que encomendar a dos hombres tan sencilla misión, era un exceso. Con uno bastaba y sobraba. Él no pretendería resistir. ¿Para qué?

También le chocaba que empleasen un oficial de policía, tratándose de un asunto concerniente a la pesquiza. Pudiera ser que se debiese al mucho trabajo de ésta.

El acompañante del oficial hallábase envuelto en una capa negra. Este detalle casi hacía creer que no se trataba de un agente, porque la capa es una prenda original. Corrientemente un agente se disfraza para no ser advertido. Esto revelaba muy poca perspicacia. Tampoco era inteligente permanecer en un sitio, mirar con obstinación a la posible víctima y ser, a la vez, el blanco de medio vagón. Si no hubiera asientos, nada importaría; pero el carro estaba medio vacío. ¡Qué tontos eran!

Tal vez fuesen viajeros como los otros; empero, ¿por qué insistían en continuar de pie? Y ¿por qué miraban con tanta preferencia hacia donde él estaba, cuando podían hacerlo en otra dirección? ¿Obraban casualmente? Mas, no dejaba de extrañarle que aun no sintieran cansancio. Habían trascurrido dos o tres horas. Eso ¿no indicaba claramente que tenían un motivo serio para no moverse? Si se descontaba la posibilidad de que lo estuvieran acechando, ¿debía pensarse que estaban preocupados de cuidar el montón de maletas? A lo mejor, el oficial pertenecía a alguna prefectura de provincia. Probablemente regresaba de una comisión de servicio. El acompañante, bien podía ser un pariente, un amigo. Pero ¡qué montón de maletas llevaban!

¿Sería ropa? No. No podía ser ropa. Eran demasiadas las maletas. Quizás pudieran contener útiles, objetos para tal o cual cosa. Sin embargo, no siempre se ocupan maletas para trans-

portar objetos, a no ser que quien las lleve sea comerciante.

Un oficial es un funcionario modesto. Apenas puede tener una maleta, y eso. Es cierto que podía conducirlas por orden de alguien. Pero esta suposición no era aceptada porque oficial no es sinónimo de mozo; la dignidad del cargo, no le permite a un funcionario uniformado entregarse a trabajos tan anodinos. Al fin, que fuesen suyas o no, daba lo mismo.

Si no las estuviesen cuidando, ya se habrían sentado. Ese hecho tan minúsculo, tan simple en apariencia, se erguía como un muro ante su espíritu.

Posiblemente, en ese instante, los hombres sintieron cansancio. Miraron hacia el fondo del convoy, y sin apuro, siguieron la ruta de sus miradas. Al paso del oficial, Alberto sintió en su hombro derecho algo así como la sensación de una mano. Contuvo la respiración hasta que se hubo atenuado el ruido de los pasos. Entonces se embrollaron todas las ideas. No pudo precisar si había sido tocado o si se trataba de una mera sugestión. Y no halló tampoco qué camino seguir para explicarse la sospechosa conducta de esos hombres.

Seguramente, ahora, debían de estar sentados. Pero no quería cerciorarse. El imprevisto movimiento del oficial, aunque desbarataba sus cálculos, le parecía muy bien. Sin saber por qué, sentíase un poco más libre. Estaban casi lejos.

La cabeza le ardía un tanto y le pesaba. Optó por bajar el vidrio de la ventanilla y se acodó por un largo momento. El viento se apretaba contra el tren. Le cubría los flancos y se aplastaba contra su techo. Daba la sensación de un túnel, invisible y dilatado, que tuviese la virtud de retroceder aceleradamente.

Al contacto del viento, del denso viento que llegaba desde el infinito, fué gradualmente calmándose. Sus inquietudes se dispersaron. La noche se internó en su espíritu. Pronto, su conciencia no pudo registrar ni una sola idea. Sus sentidos se adormecieron. Su cuerpo se aflojó y su personalidad quedó disuelta.

Permaneció en ese estado de ausencia absoluta durante media hora. Luego sintió frío, se estremeció y bruscamente volvió a en-

contrarse en el vagón. Tal vez había dormido. No recordaba nada. Sus acompañantes estaban quietas; la más pequeña había apoyado su cabecita en el hombro de su hermana. ¡Qué gusto daba verlas así! Sus rostros tenían una inefable expresión de candor. Respiraban apenas. Mirándolas, se sentía invadido por un éxtasis casi paternal. Él, en su lejana infancia, tuvo una hermanita tan candorosa y tan inocente como sus compañeras. Ahora estaba solo frente a la vida; era el último vástago de una familia talada por la desventura.

Si conseguía arraigarse en alguna ciudad del sur, posiblemente se casaría y tendría hijos. Así sería más tolerable resignarse a morir, porque alguien heredaría sus anhelos y haría perdurar un instante más en el tiempo la borrosa, pero visible, estela dejada por él y por cuantos vivieron antes que él.

Reconfortado por tales ansias, miró en torno. Los viajeros comenzaban a moverse. Unos estiraban los brazos, otros bostezaban, otros miraban con la entontecida mirada de los bueyes. Fueron rehaciéndose las conversaciones. Se habló de las próximas cosechas, el cuatrerismo y la situación política. Temíase que la movilización pudiera desencadenar una guerra.

Desde el último banco, el oficial y su compañero miraban fijamente. Daban la sensación de estar durmiendo con los párpados abiertos. Era probable que estuviesen vigilando el montón de maletas. Sin embargo, la atención de ellos parecía abarcar un radio mayor. Dentro de ese radio estaban él y las muchachas. Aunque no sabía qué lo amenazaba, puesto que sus perseguidores guardaban una actitud pasiva, sintió de nuevo un temor, un malestar horadante. Encontrábase incómodo. Interpretando las actitudes de los que iban en el vagón, daba a su inquietud diversas direcciones. ¿Por qué lo invadía un fastidio tan disociador?

Si se pusiera en pie, disiparía un tanto su inexplicable angustia; pero sus piernas no le obedecían. Tampoco se atrevía a segar la raíz de su anonadamiento. Y sin embargo, eso era lo único que podía salvarlo. Era estúpido estar sumido en la congoja cuando nadie lo había insultado o golpeado. No había razón para que se abatiera. Debía alzarse ante sí mismo.

Sabía que estaba bien despierto; pero, como en las pesadillas, quería moverse y continuaba inmóvil; deseaba dar un grito y no conseguía desentrabar sus labios; intentaba apagar sus temores, pero no lograba formularse un pensamiento valeroso. ¡Y estaba despierto, y veía, y lo sentía todo!

Y lo que más lo amargaba era que en el fondo de su conciencia, casi subterráneamente, iba adquiriendo relieves precisos el temor de ser detenido. Repasaba sus recuerdos y no descubría ningún motivo que justificase tal medida. No había ofendido a nadie, no había robado, ni asesinado, ni hecho estafa alguna; pero sentía que todo le era hostil, y un peligro impreciso, vago y más poderoso que su razón lo acechaba desde todos los rincones, ocupaba el vacío, lo palpaba casi imperceptiblemente, y seguía con mirada disecadora las fases de su desmoralización.

Gritando, haciendo movimientos enérgicos, seguramente lograría desvanecer el fantasma. Por desgracia, no podía hacer nada, Y si lo intentara, los demás entrarían en sospechas y ya no tendría reposo en todo el trayecto. ¡Ah, si pudiera compartir su sobresalto, si alguien acudiera en su auxilio, si existiera Dios, aunque sólo fuese un minuto!

Estaba ante un peligro incorpóreo, inubicable, que no podía ser asido ni calcinado.

Hubiera querido gritar con el vano grito de los animales que presienten su término; hubiera intentado lanzarse del tren hacia la muerte evidente, sólo por escapar del peligro impenetrable; pero ¿y si su turbación acababa en el minuto siguiente? No. Más valía concluir pronto, yendo al encuentro de sus perseguidores. Maquinalmente, se puso bajo el brazo su saco de viaje, miró con osadía hasta el fondo del vagón y quiso ponerse en pie. Quería saber qué deseaban de él.

Antes que iniciase su propósito, el oficial se movió. Efectivamente, el policía parecía venir en su busca. ¿Acaso había adivinado su intención? ¡Qué contrariedad!

Embargado por sus anteriores sobresaltos, Alberto no pudo percibir el acabamiento de la noche.

El oficial y su acompañante pasaron, abrieron la portezuela y

comenzaron a arrastrar las maletas hasta la plataforma. Sonó la campana del tren y la velocidad de éste fué disminuyendo, disminuyendo. Y por fin, se detuvo casi bruscamente. Algunos pasajeros salieron. Desde el andén llegaron algunas voces. Luego se oyeron relinchos, bramidos y cantos de gallos.

El pito del conductor vibró como un latigazo, y el tren reanudó su carrera interrumpida. Ahora no corría agobiado por las sombras. Eran las sombras quienes huían hacia todas las lejanías. El alba corría también hacia el infinito, restaurando los caseríos, los cerros y los ríos, arrancados de la superficie por la noche que acababa de extinguirse.

GONZÁLEZ VERA.

Santiago, 1.° de noviembre de 1923.

Eugenio González Rojas

Prosas Breves

ANSIOSO DE TRASPASAR EL ÚLTIMO LÍMITE

ANSIOSO de traspasar el último límite de mi soledad, pobre forjador de palabras, heme aquí, arrojándolas a través de la noche más silenciosa por sobre el vacío que separa su corazón del mío, como el océano a las islas. Siempre es vano esperar, siempre, más todavía ahora, cuando el crepúsculo enrojece las techumbres distantes y un negro viento, que nadie sabe de donde sopla, desgreña, al pasar, los árboles del parque. Pero es dulce también, y triste sentirla cerca y esperarla porque continúa siendo la desconocida y lejana.

Todo es distinto y nuevo como en el día primero que comprendimos. Horadan los campanarios el alto cielo pálido y resaltan en el poniente de sangre; se vuelven oscuros los senderos, y las estrellas asoman por los claros del follaje tupido. Cada vez más estrechamente mis deseos la van envolviendo en su taciturna madeja, y le dicen una extraña canción sin sentido mientras las tinieblas borran su rostro, poco a poco, como los días al recuerdo. En

verdad, yo no sé cuál es la mujer que mis brazos anudan en este hueco de la noche; se parece demasiado a todas las mujeres.

Nadie supo nunca, nadie podría saber nada en esta hora cenicienta que amortaja la vida y hace amarga la más pura alegría. Estéril es que mis palabras golpeen en el duro silencio, y mis brazos la envuelvan, y mis ojos roben su sonrisa. Nadie supo nunca nada, ni siquiera de sí mismo; todo rueda inconteniblemente, y se pierde y retorna. Estamos juntos, uniendo nuestras miradas en la común ansiedad de conocernos, en tanto, a nuestro lado, las hojas de otoño se desprenden y se van como nuestros instantes...

TODO SE SIENTE LEJANO, AMIGOS.

¿De dónde brotó esta fuerza suave y terrible que me acongoja y estrella contra paredes de sombra mi solitario pensamiento anhelante? Afuera la noche extiende, su avasalladora marea, ahogando el inútil palpitar de la vida, borrando las líneas y los ángulos y el huraño trepidar de la ciudad.

No tenemos ya donde afirmar nuestra mirada; nada queda en medio del aniquilamiento creciente, nada sino uno mismo y el confuso aletear de las ansias inexpliçables. Ahora todo se siente lejano y pequeño; y el amor es una triste miseria, y vana también la dura y honda ambición que alentó nuestra jornada. Ahora estamos solos, amigos.

Voraz, inmenso árbol de tinieblas, la noche extiende su implacable toldaje y clava en las almas raíces ardientes y desesperadas. Lejos, una ventana se ilumina y luego, mu-

chas, al borde de los caminos rurales, entre el arbolado que es, apenas, un perfume vago y un rumor de hojas.

De alguna de esas ventanas fluye esta canción que los pies veloces del viento apartan y despedazan en su carrera incontenible. Sólo unas cuantas palabras llegan hasta aquí, y se adivina un rostro puro pegado a los cristales, escrutando el vacío cruzado de sombras y misteriosos llamamientos.

Es Solveig que canta, amigos, canta y tiene los cabellos tan blancos como el invierno del norte. Más allá de una hilera de abetos pensativos, el mar y la lejanía enemiga que enciende la tremenda ansiedad de los hombres; más cerca, al pie de la colina, un bosque negro por el que alguien viene, alguien que tiene también los cabellos blancos y el espíritu deshecho por el frenesí de la aventura.

Para él es esta balada antigua y plácida que una mujer aprendió a la luz de la lámpara, y canta ahora, allá, al final de una ruta que mis ojos no ven y mi corazón no encuentra... Todo esto es pueril, mis amigos, vano es todo esto, bien lo sé; pero el niño dormido en nosotros se despierta a veces, y tiembla con horror de estar solo en medio de la noche que no tiene senderos ni confines.

HAY QUE ESTAR ALEGRES

Perdida, ausente, tu voz renace en mi interior para decirme las olvidadas palabras que rodaron, inexpresivas, por la pendiente de otras horas. Aquellas palabras que tenían la virtud embriagante de los cuentos y que la vida fué oscureciendo y enterrando, cada vez más, en el silen-

cio de todo. Aquellas palabras que me parece no haber escuchado nunca porque no escucho ya.

¿Quién podría recordarlas sin sonreir a su lozana sencillez remota? La vida es siempre igual y no tiene sentido; pero hay algo que llena de brotes los árboles del jardín, y pondrá luego, en tus manos, el perfume de las primeras frutas. Es bueno recordarte, extraña amiga, es bueno y amargo. El muro agrietado recoge las semillas errantes; y fué así que mi pensamiento detuvo y abrigó el fugitivo recuerdo.

Estamos solos, es cierto; cada cosa nuestra es tan falsa como la sombra de esa rama desnuda en el estanque; sin embargo, es preciso estar alegres mientras haya este sol benigno, y los crepúsculos doren tu sonrisa, allá lejos. Todo lo demás es inútil; la misma tristeza se hace dulce, al fin, y el deseo se transforma en canto, y la vida no es sino una lenta agonía.

He olvidado tu nombre, extraña amiga, tu nombre, pero no el aire ausente de tu mirada. Más que nunca me duele pensar, ahora, que no fuiste como todas, ahora que hay brotes nuevos en los árboles del jardín, y mis pensamientos son claros, y mis ansias te acercan despiadadamente en el sueño y la soledad. La vida es siempre igual y no tiene sentido; pero hay que estar alegres, mi amiga, alegres de que las cosas sean como son, mientras haya un sol benigno que embellezca esta avara heredad de los hombres.

NADA HAY, EN VERDAD, QUE SEA NUESTRO.

Se arrastran y pasan los días con su carga de insatisfechas ansias, de gritos perdidos, de fuerzas revueltas y estériles que nada pueden contra la sordidez del destino.

Y otra vez, esta mañana pródiga de resurrecciones, frente al mismo camino, anheloso de un desconocido horizonte, y con el alma tan liviana como un canto de pájaro, dejo irse, al azar, mi viejo corazón vagabundo.

Todos somos aventureros y pensamos explorar un dominio virgen y rico; parapetado en un silencio que nadie comprende, cada cual apronta su voluntad y su riente audacia para el viaje imposible. Imposible es el viaje proyectado, mis amigos; nunca podremos escapar de nosotros mismos y penetrar en la zona propia de otro ser. En vano apretujaremos esas manos que se abandonan y tiemblan. Dentro de su órbita de angustia el corazón gira como un astro.

Nada hay, en verdad, que nos pertenezca enteramente sino una torva belleza de ruinas pobladas de sueños tenaces y rosales de ausencia. Estamos solos, mis amigos, emparedados en nuestro pensamiento poderoso y humilde a la par sintiendo que las estaciones pasan, y todo vuelve a comenzar y todo vuelve a concluir. De nuestro espíritu surgen fuerzas de superación y de triunfo que luego desaparecen abrumadas por la pesadumbre de los designios.

¿Dónde dirigirse en busca de la verdad más cierta y del impulso más puro? Todo es absurdo y efímero, mis amigos; loco es el que pretende trazar figuras de espanto en el telón de la lejanía; loco es el que quiso fijar los perfiles de los árboles en la impetuosa superficie del río; y, más que ellos, locos nosotros, amigos míos, que ansiamos traspasar los límites de nuestra soledad sembrando palabras que buscarán, en vano, el eco imposible de otras almas.

EUGENIO GONZÁLEZ R.

Raúl Silva Castro

Cuestión de palabras...

GENERALMENTE se habla de las palabras con cierto desprecio. «Cuestión de vocablos»—se dice, en tono despectivo, cuando en una discusión los antagonistas no pueden ponerse de acuerdo sobre un matiz ideológico que a veces es muy importante. En el fondo lo más serio es «simple» cuestión de palabras. Convertido el lenguaje en signo o, como quieren otros filósofos que han tratado de su origen, signo desde el primer instante de su vida, cada palabra de las que lo componen encierra un contenido ideal, algo que o existe materialmente o es mera concepción mental. Por eso son las palabras las que dividen a los hombres y sobre ellas se forman odios, diferencias insalvables y conflictos sin fin. A su vez, el estudio de las palabras es una parte fundamental de las disciplinas a que se somete el individuo. En el fondo la gran mayoría de los asuntos que preocupan a la humanidad depende sólo de saber o no a ciencia cierta el contenido de las palabras empleadas en traducirlo, sus límites y las leyes que rigen sus relaciones recíprocas.

Desde el punto de vista literario, la palabra asume un cariz de importancia exclusiva. Ella lo es todo en la li-

teratura. ¿No es verdad que la vieja distinción entre el fondo y la forma es algo antojadizo y que puede ser reducido perfectamente al solo estudio de las palabras? Las palabras son algo más que juguetes; no son lo deleznable y adjetivo de la literatura, sino el alma misma de ésta. Y aun pasando al campo de la estética, las palabras son también el origen del criterio con que se puede juzgar la obra literaria.

Tratando de las palabras, una de las primeras peculiaridades con que se tropieza es la existencia de la moda, tan marcada en éste como en otros sectores de la vida humana. Hay palabras que están de moda así como se ponen de moda un traje, un peinado, un color y una manera de vivir. Y esas palabras tienen un día efímero de gloria en que todos se las disputan para su uso, y luego pasan y se hunden en la sombra, tal vez para siempre.

Cuando esas palabras se mantienen más tiempo del que sería discreto en el uso constante y tenaz de la mayoría, entonces llegan a ser «lugares comunes». Pero lugares comunes son también las alianzas de dos o más términos—generalmente un sustantivo y un adjetivo—que concurren para formar un solo signo mental. Entre los lugares comunes que nos ofrece nuestra literatura actual, podemos, por ejemplo, destacar «por todos los caminos». Expresión generalmente usada en poesía, raro es el poeta que no haya caído en su lazo fatal. A fuerza del uso inmoderado, cualquier expresión pierde el vigor original que pudo tener y llega a acusar simplemente falta de imaginación en quien la emplea. De un poeta que diga aún en sus versos «por todos los ca-

minos», bien podemos pensar cosas tristes y poco halagadoras para su poesía.

Cada época tiene, pues, sus palabras de moda y sus lugares comunes que le son propios. El modernismo con que se abrió paso en América el siglo presente, trajo un buen surtido de ambas cosas. De una parte muchas palabras que hasta entonces dormían olvidadas en obscuros vocabularios o en libros que nadie leía ya y hasta algunas que no constaban en unos ni en otros, entraron al dominio de la literatura más selecta para pasar luego al de la prensa y a la conversación. Fueron en su tiempo palabras de moda que el uso demasiado frecuente gastó y redujo lamentablemente. Hoy ya son simples lugares comunes. Literatos de poca monta, obscuros grafómanos son los únicos que persisten en usarlas sin tasa ni medida.

Pero cada uno de estos hechos trae aparejados algunos problemas tal vez menores, pero siempre importantes dentro del marco de este asunto. Veamos, por ejemplo, el cambio de sentido.

A fuerza de usar continuamente una expresión, pueden producirse varios fenómenos que tocan a su sentido. Si las personas que las emplean saben bien lo que ella significa, el cambio de sentido se deberá al cambio de sensibilidad que de tiempo en tiempo sufren los hombres, considerados en conjunto. Si la palabra elegida pertenece al número de las que sólo puede emplear correctamente una minoría, entonces el cambio de sentido se efectúa según ciertas leyes que no siempre son lógicas. Ejemplos: el sentido actual y generalizado de *nimio* se ha calcado, por simple parecido fonético, sobre el de *mínimo*. La

palabra *clepsidra* ha sido muy empleada, generalmente por los poetas, para significar un aparato que sirve para medir el tiempo; en una ocasión hemos visto un dibujo en que figuraba un reloj de arena, el cual era llamado *clepsidra* por la persona que había hecho una leyenda sobre el grabado aludido. En su sentido recto de «reloj de agua» lo usó el malogrado Domingo Gómez Rojas en uno de sus más hermosos poemas.

El fenómeno contrario al cambio de sentido es la resurrección de ciertos vocablos que sufren eclipses más o menos largos, a veces hasta seculares. El movimiento modernista que hemos ya citado, se valió en muchas ocasiones de palabras resurrectas para traducir sensaciones novedosas, para las cuales un lenguaje literario que obedecía a una sensibilidad pretérita, no tenía signos apropiados. Uno de los antecedentes del modernismo, el parnasianismo francés, fué el que le dió el ejemplo, debido a su intensa admiración, a su amor, será mejor decir, por las civilizaciones clásicas en que encontró inspiración frecuente. Largas listas de palabras podrían extraerse de obras de los modernistas hispano-americanos, y en ellas se verían muchas que yacían enterradas en libros clásicos ya muy olvidados. No menor sería la de adaptaciones de palabras de origen latino y griego, realizadas por Rubén Darío, precursores y discípulos.

Entre tanto los neologismos verdaderos son muy escasos. Muchos de los que parecen serlo son simples resurrecciones. Otras palabras nos sorprenden, no por ellas mismas, sino por sus conexiones, ya sea porque han cambiado de sentido, ya porque el régimen de ellas ha variado. Neologismos propiamente tales son muy ex-

trafios. Por ejemplo, nuestro poeta adolescente que escribió:

Una esperanza romancera

no consiguió fijar un neologismo, sino un vulgar y simple disparate. Origen evidente de él puede ser la obligación, no siempre muy fielmente seguida por él, de la rima; pero sea lo que fuere, el disparate subsiste a pesar de todo.

Es en cambio un neologismo interesante y que responde a una necesidad de la expresión literaria actual, el verbo *engrisecer* que emplea Pablo Neruda en un poema en prosa publicado hace poco en «El Mercurio». Formado a semejanza de atardecer, de enmudecer, etc., reúne todas las condiciones exigidas para vivir. No se puede decir lo mismo del adjetivo *latiente* que el mismo Neruda emplea en el poema número 4 de su libro «Veinte poemas de amor». No es que latiente no tenga en realidad las condiciones vitales necesarias, sino que denota un matiz, fino hasta el exceso, de diferencia respecto de *latente*, la forma consagrada y vulgar. Se nos ocurre también que latiente puede ser una simple resurrección, acaso inconsciente, porque tenemos la idea de haberlo encontrado en una obra clásica de cuyo nombre y autor no tenemos memoria. Otros neologismos apreciables de Neruda son los siguientes *fulgurecer* (en «Veinte poemas»), análogo a engrisecer y paralelo al vocablo corriente que es *fulgurar; rojedad* (en «Crepusculario»), que puede reemplazar con ventaja a *rojez*, único sustantivo que denota la cualidad de rojo; *volotear* (en «Crepusculario»), que forma grado con el ya

conocido *revolotear*, y algunas otras palabras de menor importancia.

En el reciente libro de Pedro Prado, «Un juez rural», encontramos también algunos vocablos que merecen atención. Veamos, por ejemplo, el adjetivo *hoyado*, desprendido no de huella como pudiera creerse, y corrompido en su ortografía, sino sacado de *hoyo*. Hoyado es, en el libro, un camino lleno de baches. Luego encontramos un verbo nacido de un advervio; *encimar* en el sentido de superar, estar sobre algo. Y un hermoso adjetivo que viene a enriquecer la lengua jurídica con un término que evita circunloquios más o menos dilatados. En efecto, «desistente» llama Prado al querellante que se desiste de la acción entablada contra un tercero. Fuera de estos vocablos, este libro nos ofrece también muchos y muy sabrosos chilenismos, algunos de ellos verdaderamente característicos.

Estas palabras nuevas y estas nuevas alianzas que dan un aspecto insólito al idioma, aun cuando él se valga generalmente todavía de viejísimos resortes, sugieren el pensamiento de hacer periódicamente un arqueo de esta riqueza fluctuante. Cada palabra tiene su encanto peculiar. Gourmont, profundo conocedor de su lengua, asentó el principio de que la palabra aisladamente considerada tiene su propia belleza, «desprendida—dice—de la imagen o de la idea que contiene». La palabra agrada por su encanto fonético, por su resonancia íntima, por las relaciones inconscientes que despierta en el espíritu. Para apreciarla y gustarla no hay necesidad de ejercer sobre ella el análisis gramatical o filosófico a que nos arrastran los diccionarios. Sin sujeción a normas que pudiéramos

llamar técnicas, la palabra adquiere la plenitud de sus valores en nuestro espíritu desprendido de toda prevención. Así hemos llegado a un concepto estético que es interesante fijar y que se debe casi por entero a Gourmont, ya que antes de él las palabras valían sólo como signos y ligadas al cinturón estrecho de la lógica.

Los hombres amantes de la idea escueta expresada en feas palabras seguirán menospreciando a éstas y diciendo como hasta ahora de lo que no vale o de lo que quieren que no valga, que es «cuestión de palabras». Pero, a pesar de ellos, las palabras siguen siendo lo fundamental, lo que más pesa, el elemento esencial de la literatura y algo de lo que más vale en la vida. Por eso mismo debemos exigir más respeto para ellas, cariño, entusiasmo y discreción en su empleo. Las palabras valen demasiado para ser dilapidadas como las dilapidamos nosotros y son demasiado bellas para emplearlas al desgaire como lo hacen muchos. Son la expresión suprema de la inteligencia del hombre, y como tal debemos tomarlas.

Santiago, octubre de 1924.

RAÚL SILVA CASTRO.

Memoria leída ante la Facultad de Ciencias de la Universidad de Concepción, por el Decano don Salvador Gálvez.

SEÑOR Presidente de la Universidad, señoras, señores:

Esta Facultad, formada por el personal docente de las Escuelas de Farmacia, Dentística, Química Industrial y Medicina, si bien se constituyó en una sesión celebrada el 31 de Marzo de 1920, eligiendo su Decano al malogrado profesor don Eduardo Larenas y Secretario al doctor Enrique González Pastor, no vino a iniciar sus labores hasta el 12 de Mayo de 1923, en que después de una nueva elección fueron nombrados Decano el actual y Secretario el profesor don Pedro Valenzuela, reemplazado más tarde por renuncia por el profesor Carlos Oliver Sch.

A pesar de todas las dificultades que son propias en un organismo nuevo, la labor constructora que en la obra común le corresponde desarrollar a la Facultad ha sido bastante prolícua. Son numerosos los reglamentos y disposiciones para el régimen de las Escuelas Universitarias que han sido estudiados y llevados a la práctica o están en vías de serlo.

Así, rigen hoy en día los siguientes Reglamentos estudiados y aprobados por el Consejo Universitario: el Reglamento de la Facultad, en el que se introdujeron reformas educacionales que son una novedad en el país, tales como la representación de los alumnos con amplias ingerencias en los acuerdos de la Facultad. Esta medida, llevada a efecto en el presente año, dió motivos a elogiosos conceptos en todos los círculos educacionales y

universitarios, y muy especialmente de parte de los propios estudiantes, que hasta la fecha han aportado su entusiasmo y buen criterio a las labores de la Facultad. El Reglamento de Promoción y de Grados, tomando por bases los diversos acuerdos aislados que existían sobre esta materia. Se formó uno especial para cada una de las Escuelas, lo que permitirá regirse en una forma equitativa y ecuánime respecto a las condiciones necesarias para presentarse a exámenes.

Ampliación de los estudios de Odontología: Se estudió detenidamente el plan presentado por el Director de la Escuela, señor Serapio Carrasco, ampliando los estudios a cuatro años y agregando ramos nuevos, como ser: Física y Química Odontológica y Electroterapia.

Reglamentos internos: Fueron estudiados y aprobados los Reglamentos internos de cada una de las Escuelas y también los de Ayudantes, Jefes de Clínicas y Jefes de Trabajos Prácticos.

Las reformas del plan de estudios de la Escuela de Química Industrial: Previos los estudios realizados por el Cuerpo de Profesores en cooperación con los alumnos, se efectuaron interesantes reformas en el plan de estudios de la Escuela, tanto en el curso de Ingenieros Químicos como en el de Químicos Analistas.

Curso para dibujantes técnicos: A objeto de proveer a urgentes necesidades de las Oficinas Industriales, Fábricas, Talleres, etc., y aprovechando el plan de estudios del curso de Ingenieros Químicos se ha organizado este nuevo curso, que seguramente iniciará su funcionamiento en el próximo año, destinado a preparar técnicos dibujantes. Asimismo, y con igual propósito, se estudia actualmente la organización de un curso de Técnicos Electricistas.

Fuera de esta labor de índole reglamentaria, se preocupó intensamente la Facultad, en diversas sesiones, de intensificar el hábito de la investigación entre profesores y alumnos. Al efecto organizó un ciclo de conferencias, denominadas Charlas Científicas, de las cuales ya se han verificado dos: una sobre las Memorias de Pruebas y el hábito de la Investigación, dada por

el profesor Oliver y otra sobre Consideraciones acerca de la Enseñanza Técnica, dada por el profesor, Ingeniero señor Ginouvés.

El profesorado orientó su enseñanza en la cátedra en la forma de intensificar la actividad de los estudiantes, no ya como meros receptores de las verdades explicadas en la lección, sino guiándolos en el sendero que lleva a la verdad por el trabajo de investigación personal.

La actividad científica del propio profesorado ha sido también intensa, y varios son los textos y trabajos de investigación que han aparecido, y las conferencias de extensión universitaria que han sido dictadas por el personal docente de la Facultad, y muchos son los trabajos que hay actualmente en preparación o próximos a publicarse.

Ha sido, por esto, un deseo del profesorado la creación de un anuario de la Facultad, en que se reunirían todos los trabajos de investigación científica original que produzcan nuestros laboratorios, lográndose dar así una muestra palpable del espíritu de trabajo que existe en las cátedras y laboratorios de nuestra Universidad.

No ha permanecido tampoco la Facultad indiferente a los movimientos científicos del extranjero. En el reciente Congreso Sud-Americano de Química General y Aplicada, celebrado en Buenos Aires, uno de sus miembros, en calidad de delegado, llevó la palabra de la ciencia chilena a aquel torneo.

Fuera de esta labor interna, como podríamos llamarla, la Facultad ha creído que era de su deber preocuparse de hacer llegar hacia los profesionales la experiencia constante de las cátedras y el próximo año se inaugurará el primer curso de repetición para profesionales farmacéuticos, tanto para nuestros ex-alumnos como para los de la Universidad de Chile, y que será dado en forma de conferencias y trabajos prácticos a cargo de algunos profesores de la Escuela de Farmacia.

Con iguales propósitos se proyecta un curso para los graduados dentistas a cargo de los profesores de la Escuela Dental.

Conforme con estas mismas normas, en dos ocasiones la Fa-

cultad se preocupó de los intereses de los profesionales, y a sus iniciativas se debe la organización de la Sociedad Farmacéutica de Concepción y la reorganización de la Sociedad Odontológica.

La Facultad, en su deseo de vincular lo más estrechamente posible a sus profesores a la obra universitaria, ya que el solo aliciente de sus sueldos, inferiores aún a los que paga la Universidad de Chile, no basta para ello, ha procurado alcanzar tal objetivo mediante un proyecto que se está elaborando sobre protección y previsión social para todo el personal de la Universidad.

* * *

Cúmpleme también en esta ocasión referirme a la labor desarrollada por las Escuelas Universitarias dependientes de la Facultad. Me referiré por separado a cada una de ellas, y lo haré brevemente, señalando solamente aquello que a mi juicio es de mayor interés.

Escuela de Química Industrial: Ha seguido desarrollándose y consolidando su organización. Los elementos con que se inició la enseñanza, que bien podría decirse, por su escaso número cabían en los bolsillos del profesor, llenan hoy espaciosos y cómodos laboratorios.

La novedad de la enseñanza, la falta de antecedentes respecto al porvenir de las carreras de Químicos Analistas e Ingenieros Químicos, a pesar de que se ha evidenciado la necesidad de preparar técnicos para nuestras industrias, todo esto ha contribuído a que la población escolar sea hasta el presente relativamente escasa. Ha ocurrido, sin embargo, especialmente en los primeros tiempos, que muchos jóvenes con más curiosidad que entusiasmo han acudido a sus aulas, y fuere porque su preparación deficiente les impedía seguir en buenas condiciones sus estudios, sea por flaqueza de voluntad o desorientación, desertaron apenas iniciada la jornada.

Esto es perfectamente explicable si se considera que la orien-

tación que hoy día recibe nuestra juventud en los diferentes establecimientos de educación los lleva por el camino de la especulación más literaria que científica y no por el de la experimentación e investigación.

De ahí que la Escuela de Química, llamada a formar pacientes laboratoristas y metódicos técnicos jefes de empresas, haya tropezado en sus primeros pasos con la falta de alumnado.

Sin embargo, la labor no ha sido estéril. Once jóvenes han terminado ya sus estudios, y cinco lo harán en el presente año. Cinco de aquéllos han rendido su examen de grado y en diferentes puntos de la República laboran con éxito en la industria nacional, desempeñándose con eficacia en cargos de responsabilidad. De entre ellos, Alfredo Urízar está al frente del Mineral de Plata de Huantajaya, cerca de Iquique; su hermano Héctor está en la misma ciudad, al frente de un laboratorio de su propiedad y se dedica especialmente al ensaye de minerales y análisis de salitre, yodo, bórax, preparación de reactivos, etc., obteniendo pingües utilidades; Alfredo Gajardo en la Refinería de Azúcar de Penco, Alejandro Sazo en la Compañía Molinera El Globo, y así como ellos los demás jóvenes.

Y es aquí, en esta parte, donde debo desvirtuar un cargo que a menudo se repite contra la enseñanza que imparte la Escuela. Se dice que los planes de estudios están recargados con ramos sin gran atingencia con la carrera de Ingeniero Químico, tales como la electricidad mecánica, máquinas de combustión interna, montaje y armadura de máquinas, etc.; mas los alumnos egresados y en funciones industriales nos han encontrado plena razón a los que hemos abogado por su mantenimiento. Y ello se explica: nuestra industria nacional, sobre todo la pequeña, no puede soportar el gravamen que le impondría la contratación de tantos especialistas como secciones haya en cada establecimiento, y por lo demás, y en todo caso, entendemos que el técnico jefe de una empresa debe poseer los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para darse cuenta cabal de su funcionamiento y poder de esta manera procurar su progreso.

El que habla, así como los demás profesores de la Escuela de Química, están plenamente convencidos del importante papel que desempeña y está llamada a desempeñar en el auge de la industria nacional, enorme fuente de riqueza y bienestar hasta ahora casi inexplotada y en cuyo porvenir están cifradas las más lisongeras esperanzas de los que deseamos días de prosperidad a nuestra patria.

Cada experiencia recogida es útilmente aprovechada: los planes y programas de estudios son constantemente revisados, y de esta manera no tardará en llegar el día en que se encuentre la verdadera orientación, la fórmula precisa cuyo desarrollo nos permitirá formar el tipo del industrial progresista de acuerdo con nuestras necesidades, nuestros medios y nuestra idiosincrasia nacional.

Sensible es que los medios económicos de que se ha podido disponer—hoy más precarios que nunca—no nos hayan permitido instalar en forma absolutamente satisfactoria todos los Laboratorios que requiere una Escuela de tal naturaleza; mas, a pesar de todo, los existentes bastan a las necesidades más premiosas y sus deficiencias son salvadas por el entusiasta profesorado, cuya idoneidad, espíritu de trabajo y amor por la enseñanza me hago un deber en reconocer desde esta alta tribuna.

He dicho, y lo repito, tenemos el convencimiento de que nuestra Escuela de Química llena en nuestra colectividad una necesidad de carácter imprescindible y cuya pronta y eficaz satisfacción se venía esperando desde hace bastante tiempo.

Escuela de Farmacia:—Ha sido objeto de críticas injustas, más aún, se ha negado por algunos la necesidad de su funcionamiento. Creo que en tales juicios hay más ligereza que mala fe, más desconocimiento de los hechos que obcecación. Una reciente estadística publicada en la Revista de Química y Farmacia editada por la Sociedad de Farmacéuticos de Santiago, expresa de que en el país hay 834 boticas, de las cuales sólo 214 son atendidas por profesionales titulados, lo que vale decir capacitados científicamente para tal objeto.

Y en el fondo de todas estas críticas se divisa la escasa importancia que se da al rol social del farmacéutico. Esto no debe extrañar a nadie. Tan poca importancia nos ha merecido siempre la conservación de la salubridad pública, que ni nos avergüenza, ni menos aún mueve nuestra acción la pavorosa estadística demográfica nacional; y si tal sucede, menos extraño es que se desconozca la importancia de una profesión cuyo ejercicio está tan ligado a la conservación de la salud y vigor de nuestra raza.

Tres cursos, aparte del que termina en el presente año. han concluído sus estudios y son 52 los alumnos que premunidos de título oficial ejercen en diversos pueblos de la región su honorable profesión, y debo añadir que día a día la Dirección de la Escuela está recibiendo continuos ofrecimientos de plazas para los jóvenes ya recibidos.

Aquí debo hacer resaltar un hecho que merece ser conocido y considerado: de su actual población escolar, 95 alumnos, más del 80 por ciento está formado por señoritas. De esta manera y por obra circunstancial, nuestra Escuela de Farmacia contribuye poderosamente a la incorporación del elemento femenino —reducido hasta ayer por una anacrónica y absurda incompresión a las solas faenas domésticas—al campo de las actividades económicas. El papel que desempeña, pues, la Escuela de Farmacia desde este punto de mira es triple: de carácter cultural, de emancipación económica y de índole económica.

La enseñanza impartida sobre la base de los programas oficiales de la Universidad de Chile ha sido completada con la introducción de nuevos ramos que tienden a habilitar en mejor forma al futuro profesional para el desempeño de sus actividades, como ser, la Legislación y la Contabilidad, o bien tienden a abrirles nuevos horizontes, nuevos campos de acción, como ser, los ramos de Cirugía Menor, Laboratorio Clínico y Farmacia Industrial.

Como una manera de procurar el mejor éxito de los jóvenes en el ejercicio de su profesión y adiestrarlos desde luego en las delicadas operaciones de la Farmacia, se ha instalado, desde hace cin-

co años, una Farmacia Modelo abierta al público y cuya venta de específicos y preparados va en constante aumento. Así, según su libro recetario, durante el presente año se han despachado 4,145 fórmulas de recetas preparadas por las alumnas bajo la vigilancia y dirección de una competente profesional. Se ha querido, además, que dicho establecimiento, aparte de su rol educativo, cumpla también un fin social, y para ello se dan especiales facilidades a varias instituciones de beneficencia, otras de carácter social y otras de carácter administrativo, para el despacho de las recetas. Su Laboratorio se preocupa de elaborar específicos nacionales que vengan a reemplazar a los extranjeros, con gran beneficio del público y de la economía nacional.

Esta iniciativa de nuestra Universidad ha merecido varias felicitaciones, entre otras una muy entusiasta del señor Rector de la Universidad de Chile.

Escuela de Medicina: Respondiendo a una sentida aspiración regional y a una necesidad imperiosa, ya que las aulas de la Escuela de Santiago se hacían estrechas para contener a los jóvenes que deseaban adiestrarse en el noble arte de curar, tras muchos sacrificios y no pocos gastos, se inauguró en el presente año el Primer Año de los estudios médicos.

Como se ha dicho, no se escatimó sacrificio de ninguna especie, y el éxito coronó esta nueva iniciativa de nuestra Universidad. Se cuenta con un profesorado cuya idoneidad y condiciones docentes han sido ampliamente reconocidas, habiendo entre ellos más de algunos cuya cooperación haría honor a la más reputada Escuela Médica; se han instalado costosos laboratorios para la práctica de la enseñanza, se ha construido un amplio y moderno Pabellón de Anatomía en las cercanías del Hospital. se ha acopiado, en fin, un abundante material de enseñanza. Se ha hecho, pues, lo humanamente posible dentro de nuestros medios para asegurar los resultados de la enseñanza de los 58 jóvenes que en breve deberán evidenciar su preparación ante las Comisiones Examinadoras que enviará la Universidad de Chile.

Escuela de Dentística: Esta Escuela, como las anteriores, po-

demos decir, está ya asentada definitivamente en el aprecio público. Su matrícula general alcanzó en el presente año a 106 alumnos. Cuenta ya con 16 titulados y en breve deberán rendir su examen de grado 10 jóvenes más.

Sus laboratorios e instalaciones se han ido completando en forma tal, que en breve podremos decir que nada tendrá que envidiar a sus similares. Hace poco se ha instalado un completo Laboratorio de Rayos X, cuyos útiles servicios están a disposición del público, como ya lo estaban todas sus dependencias, habiendo éste respondido ampliamente, pues sus diversas clínicas están casi siempre atestadas de clientes que a precios bajísimos logran higienizar su cavidad bucal. Bien puede afirmarse, y sin exageración, que esta Escuela desempeña un papel importantísimo en la salubridad de los habitantes de esta región.

Pequeña ha sido sin duda la labor desarrollada por la Facultad y sus Escuelas Universitarias, mas ello no se debe a falta de entusiasmo ni de espíritu de trabajo, ni a incomprensión del rol que está asignado a las actividades universitarias por el moderno concepto de educación, sino más bien a la poca abundancia de medios económicos y al hecho de que, habiendo nuestra Universidad nacido ayer solamente, no es posible exigirle obras de mayor aliento y trascendencia.

Sin embargo, como lo he expresado anteriormente, no nos hemos concretado exclusivamente a la labor meramente docente. Hemos querido que nuestras Escuelas Universitarias estuvieran en contacto íntimo con nuestro medio social, a objeto de buscar en él nuevas orientaciones. Los laboratorios, clínicas y todas sus dependencias han permanecido abiertas para todo aquel que se interesara por conocerlas, y aun más, sus servicios han sido y son aprovechados por el público de la ciudad y de la región. En fin, hemos querido que las Escuelas Universitarias dependientes de esta Facultad devuelvan a la colectividad en frutos de cultura, de cooperación y de progreso lo que de ella recibe y espera recibir nuestra Universidad para su sostenimiento y desarrollo.

Marcelle Auclair

Journée de convalescence

A María Perlaza

DE ma chambre, fleurie des premiers iris blancs,
De ma chambre, où le dernier feu meurt sous la cendre,
J'ai entendu tomber la pluie, rôder le vent,
J'ai regardé ce long jour gris naître et descendre...

Je fus un front fébrile appuyé au cristal
Où, d'un fin doigt d'argent, la pluie frappe et ruisselle,
Et, près du brasere paisible, je fus celle
Dont les yeux sont embués d'ennui doux et banal.

Maitenant, il fait nuit. L'ombre, en la chambre basse,
Lentement est montée, marée douce, flot noir.
Et, dans l'obscurité, je ne puis plus que voir
Pâlir, sur mes genoux brisés, mes deux mains lasses...

MARCELLE AUCLAIR.

Angel Cruchaga Santa María

Cansancio

DESDE mis torres grises la desgracia desciende
en espirales hondas y vencerla no puedo.
¿Dónde está la mujer triste que me comprende?
Solo en la eternidad sollozaré de miedo.

Un sinsabor eleva sus cantos como airones
lamentables y el mundo se hace descolorido.
Se me caen los astros en inmensos ciclones
y siento que mi día último está perdido.

Como un ancla en la muerte pude aferrar mi canto.
—Desesperanza, grito, boca de moribundo—
Me atravesó tu larga fragancia de alicanto.
Después de ti a ninguna amé más en el mundo.

Yo viviré en mi sombra con los ojos abiertos
sobre mi muerte y tú no sabrás quién he sido
y me confundirás, acaso con los muertos.
Tu corazón dirá: ¿Dónde lo he conocido?

Yo dejo que mi grito como un pozo se ahonde
y es como una herida fragante la esperanza.
Ya sé que a mi sollozo sólo mi Dios responde.
Soy una antorcha azul que de alumbrar se cansa.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.

Lautaro Yankas

La carrera de Féizar

CUENTO

I

UN potrillo negro, Pitt, acababa de ganarse, en una forma que aun conmovía al gentío disperso por tribunas y jardines, la gran carrera del año.

La campana volvía a sonar; se anunciaba la penúltima prueba de la tarde. Un cielo yermo. Un sol diagonal se cernía en la brisa y ardía en el tráfago de la muchedumbre.

Sentadas en un banco de la terraza, dos preciosas mujeres, con los escotes generosos y una fisonomía de horizontales, charlaban con un jinete bajo, de blusa azul Prusia y calzón blanco, que formulaba pronósticos, de pie en el sendero apisonado. Una de ellas, la que más bromeaba, cortó sus voces frágiles de chilladiza pueril y exclamó con toda su alma:

—¡Usted dice que Ardelión debe ganar esta carrera! Bueno, Berta, ahora yo tengo el presentimiento. Ganará. Vamos. Gracias, Pedro.

—¡A dónde, mujer! — rió la otra bajando su pierna que cabalgaba sobre el muslo izquierdo.

El jinete las dejó irse y se sentó; en seguida sus ojos socarrones, ennegrecidos en la sombra que proyectaba el pico de su gorra amarilla, las alcanzaron un instante. En los grupos de hombres que se detenían por allí o paseaban por los senderos, el *jockey* notó ojeadas voraces que caían sin revuelo en la semidesnudez de aquellas mujeres.

Alguien golpeó su espalda con impaciencia. Vió ante él a dos hombres de aire distinguido, uno de los cuales lo miró con cierto imperio mientras interrogaba:

—¿Quién, al fin?...

El jinete dejó el banco con tranquilidad; su rostro rasurado y joven mostró cierta vaguedad expresiva, algo como una mala sonrisa.

—El favorito, pues... ¿Quién otro?

—¿Y Féizar?

—¿Féizar?...

El jinete miró al hombre, que pestañeaba en espera de una afirmación; luego se puso serio y respondió con la cara vuelta hacia las graderías:

—Puede ganar. Cualquiera puede ganar... Pero el jinete es malo, viejo. ¡Quién sabe!

Los dos hombres, con los gemelos ocultos en sus estuches, siguieron el camino de las muchachas. El *jockey* los observó largo rato con mirada tranquila y un sí es no es burlona. Luego recorrió las tribunas medio vacías. Iba a comenzar el paseo de los competidores montados, detrás de las graderías monumentales.

Los amigos apresuraban el paso.

—Nadie sabe nada. Puede ser un golpe—decía aquel impaciente, los párpados fruncidos, trazando en el aire cálido un mismo ademán breve. Ya te he dicho; el mismo Zenteno se ha llegado a mí durante el clásico para decirme que ganará. El caballo es viejo, el jinete también lo es; pero escucha sus palabras: «La carrera es mía; nunca he sentido como hoy, tal deseo de montar. Ya ve, esta tarde sólo corro a Féizar; es extraño; siempre monté dos o tres animales»... El viejo no parece vivir hoy su vida ordinaria... Juguemos algunos billetes a Féizar; pero antes es necesario que el animal y los ojos inmóviles, que parecen ébrios, de Juan Zenteno, te impresionen, te subyuguen.

Su compañero, delgado y rubio, dando sombra con su mano a sus ojos azules, reía sin violencia, y a las últimas palabras lanzó una franca carcajada. — La multitud se espesaba bajo la sabia arquitectura de las tribunas superpuestas-cemento y hierro; encumbramiento de un castillo de naipes, cemento-hierro. — La pátina envolvente, un fino vaho, del sol diagonal.

De los libretos-programas, blancos cuadernitos de papel blando, hojeados por unos dedos calmos y pálidos, — Un jinete de blusa escarlata y negra gorra picuda, apareció montando al primero de los competidores,— o torpes y apremiantes, bajo una mirada aguda caída en la lista de animales, o una ojeada tranquila y confiada, se revelaban vivos signos, tan vivos como un furtivo destello de sol entre la verdura inquieta de los árboles cercanos; o quién sabe si excesivamente secretos e inalcanzables, signos misteriosos e imprecisos, deslizándose en la borrosa armonía de un nombre... Se volvía a mirar

la lista, ora con absurda rapidez, ora con sesuda y buceante calma. Luego los párpados medio cruzaban las pestañas, y así, en vaga luz, se aguardaba el misterioso signo sensacional o subjetivo. — El paso de las bestias hacia la pista iba dando a muchos la impresión decisiva o única.

Féizar pasó en quinto lugar, como una lacra negruzqueante en la muelle y deslumbradora fila de sus rivales.

—Así, de verlo, no vale nada — murmuró el amigo impaciente, apartando disgutado los ojos del animal.

—No vale gran cosa—afirmó el otro.—Pero tu jinete me interesa. Creo, como tú, que no es el hombre de otras veces. Ahora parece olvidado de su bestia, del público, de todo. Será una gran carrera, ésta...

—Bah...

—¡Cómo no, hombre! Una carrera histórica. Es indudable que Ardelión no la gana; va desmejorado, no convence. Quedará perdido en el lote. Ese gran caballo no puede llegar al disco detrás de un Féizar. Una gran carrera, hombre. A lo mejor ruedan la mitad de los competidores y se matan...

La blusa gris perla del viejo *jockey* se ocultaba ya tras la calada arquitectura de la segunda sección de tribunas, camino de las pistas.

II

Juan Zenteno recordaba muy bien que hacía un mes había montado a Féizar en una carrera de fondo. El animal, encerrado entre cuatro rivales delanteros, no pudo romper aquel nudo veloz, y no figuró en la llegada. El

preparador, un francés que siempre llevaba dos tacos de rapé en sus narices, había culpado al jinete. Zenteno se estaba dejando llevar por las bestias como un aprendiz; ya no servía en la pista. El preparador había sostenido sus palabras con juramentos breves y saltantes, de su cosecha gálica.

Luego Zenteno dejó que esto se removiera en un rincón de sus recuerdos. Féizar tomaba ahora un trote ligero e inquieto sobre el césped de la pista. Los animales con sus jinetes de colores iluminados, se dispersaban. Féizar— su pupila es un perenne estallido de sol — tiende sus orejas agudas, parece enristrarlas hacia la brisa de primavera. La inquietud reaviva sus formas y su paso trotón sacude y levanta al jinete, que lo observa con dureza. La amplia elipse de verdura, rayada por las rectas y curvas blancas de las pistas, pasa un momento en la pupila de la bestia.

Féizar se aleja el último de la muchedumbre agitada bajo las anchas viseras cuadrangulares-cemento.

En sus manos que han pulsado la vida de animales sin cuenta, Juan Zenteno soporta una tensión febril, nota en la bestia un loco deseo de correr sin freno, una concreción de vida, palpitante, que galvaniza la vieja filástica de sus brazos, envueltos por las mangas gris perla de su disfraz. El hombre, con preocupación progresiva, se abisma como a un golpe de escondido resorte en sus buenos años, época inefable en que su contextura sobria de jinete, con sus manos admirablemente dominadas y leales, hacía de la bestia un alado nudo. ¡Cuántas veces había triunfado! ¿Cuántas? Quiere hacer el recuento, pero lo retrae el deleite de su pasado. Es verdad, se hacía

leve, su materia gravitaba lo que un grumo; no era nada; la bestia era lo grande y maravilloso tendida en su vuelo bajo, con su lomo manchado de algún color que se hurtara al sol. Triunfos siempre. Las muchedumbres llegaban a idolatrarlo; vaciaban sus bolsillos en su favor y luego reían en las cuencas de la fatalidad.

¡Aquellos clásicos de año...! El viejo recuerda, ahora con vaga angustia que responde a la creciente inquietud de su bestia, las mejores carreras, para él grandiosas. Sonríe, contra el embate de esa angustia que pretende traerlo al presente. «Ah... yo monté a Pagana, la invicta, entre un lote de grandes caballos... Pagana, rezagada antes de la última curva, tomó en un instante el centro de la pista... Después Kant... Leonor, Unico, Prim... Ah!

Pero aquellas voces del francés muerden el recuerdo, rompen y dispersan entre tinieblas estos eslabones brillantes de sus glorias. Ya no vale gran cosa; mañana no podrá montar siquiera. Su vida, desde las remotas demencias triunfales, es no más que una línea que baja ondulando desde el sol, hasta rendirse al borde de la luz y el espacio.

Féizar escarcea, tasca el freno, curva o distiende el musculoso resorte de su cuello. La llama del sol cae en sus flancos, en sus pechos. roba ángulos — reflejos en los remos briosos, invade y baña en flúidos rojos sus córneas desnudas.

El viejo observa en torno, busca a su rivales y los distingue lejos, nerviosos ante las huinchas de partida.

III

El viejo jinete sonríe. «Yo gané la gran carrera...» Esto prende una llamarada en su alma tarda y mustia. Su caballo galopa bien al centro del bello grupo. Los ojos de Zenteno, con una percepción que ya no lo asombra, cogen la onda rubia del alazán al que Féizar echa su aliento. «Ah, es *él*» , y lo olvida al instante para contener con prudencia a su bestia. «Espera», dice su espíritu firme. «Ahora, Féizar, eres mío; y en adelante, cada vez, me pertenecerás. Eres mío». Siente a sus espaldas una respiración febril; luego es un murmullo, nada. El galope se hace cada vez más rápido — ochocientos metros—; después de la primera curva, Féizar conserva todo su vigor. El viejo lo siente ahora dócil y temible.

Va desde el hocico que espuma, por aquellos cauces de las riendas pulimentadas y claras, una onda hacia la torpe vejez del jinete, una onda que busca su futuro, lo persigue en el fondo de su vida, y lo trae al presente, hecho una sostenida vibración, un valor cabal, un nudo —renuevo de juventud. Sus manos de cortos dedos, empuñando el freno, tienen una redondez caprichosa de viejos muñones, y los brazos al moverse con acelerado ritmo, trabajan como dos aceros de probada forja.

Los contendores rezagados.—El sol púrpura juega con las llamas fugaces de las chaquetas verdes, amarillas, ocres, escarlata, de las gorras como pintas, que hienden el aire,—se apretujan y alientan en las ancas negruzcas y los flancos de Féizar.

Zenteno muestra su boca torcida por la sonrisa. —

Bandas verdes, escapadas, tocan los ojazos de las bestias.—Han girado la última curva y ahora, en cada flanco izquierdo el sol acaricia la prisionera onda de colores montados. Los ojos del viejo, que parecen azuzados por las cejas, se hunden delante con maldad. La onda rubia del invicto va lejos y comienza a agitarse quizá como anuncio del nuevo triunfo .. Y Juan Zenteno frunce por fin su boca y su mirada se baña de dulzura.—La muchedumbre en las tres faldas-graderías comienza a roncar. Llega hasta animales y bestias la parábola breve de un aullido feliz. El viejo cede riendas; ah, otra vez es útil, lo es genialmente; su peso, disgregado en la luz, hace rauda, ensoñada y maravillante esta carrera. Féizar en un compás vertiginoso da alcance a aquella odiada onda enemiga; por su piel obscura se desliza el sol.— Bandas verdegay empapadas de sol desaparecen pisoteadas. — Un rugido que crece. Masas descompuestas, que aterrorizan, desde las tribunas, hierven en la visión embrionaria de las bestias.

Féizar alienta junto a las grupas rubias y, falto de aire, se dispara; siente entonces su plenitud de vida; pide con dulzura a aquellas manos que aún lo contienen, y las manos dan todo lo que Féizar pide.

Luego el animal no las siente, sobre su lomo cree distinguir un grumo blancuzco. Aquellas masas — secciones de hombres—lejos de unas figuras flotantes, de acuarela: mujeres— enronquecen bajo los toldos rígidos-cemento. Los caballos, exhalados, pasan y el disco se aviva al sol. Féizar, que no ha sentido, como otras veces sufrió, la fusta hostil sobre su flanco, al salvar victorioso la línea final, experimenta un instantáneo desiquilibrio; se

sorprende; algo, la mancha blancuzca lo abandona, cae, y las riendas, que hasta ese instante le impedían tenderse en una carrera sin fin, están flácidas, no le dicen nada, ¿por qué? Es que ha llegado su hora.

Entre gritos blasfemantes, desde las graderías llegan pausas que se abren para señalar el triunfo y la muerte.

Féizar, libre, arroja su furor en esta nueva carrera desenfrenada, las riendas colgantes que azotan sus pechos y sus remos, negros de sudor. El campo verde, velado por el sol de sangre, le parece propicio a su locura de libertad. Las pistas disparan sus rectas y trazan sus curvas profusas. Féizar salta, se distiende en la carrera con redoblada furia. Una especie de desesperación y de terror ha comenzado a golpear en él, como una fusta.

Y lejos, donde no se ven muchedumbres y no se oyen gritos, aquellos horribles alaridos — *la emoción humana*— que él no podrá entender, allá, junto a la maraña de zarzas secas bañadas también por el hervor púrpura del Poniente, el animal se detiene estremecido, chorreando sudor, los belfos inundados de espuma, la mirada vuelta un denso resplandor.

El *jockey* había tenido una muerte instantánea. Féizar pagaba un dividendo fabuloso.

LAUTARO YANKAS.

Ing. Santiago Marín Vicuña

Los caminos en los Estados Unidos

(Páginas del libro *Por los Estados Unidos*, (en prensa)

LOS BUENOS CAMINOS:

Minoran el costo de trasporte vehicular.
Ensanchan el área de los cultivos.
Aumentan el valor de la propiedad.
Facilitan el trasporte de la producción.
Acrecientan el intercambio comercial.
Mejoran las condiciones sociales del pueblo.
Coadyuvan al incremento de la instrucción.
Estabilizan los Gobiernos.
Consolidan la unión nacional.
Incrementan el bienestar económico del mundo.

HASTA antes de la guerra europea en los Estados Unidos no se daba a la cuestión caminos la extraordinaria importancia que hoy tiene, probablemente porque en esa gran nación se creía como suficiente para su expedita movilización la enorme red de sus ferrocarriles, cuyo desarrollo era entonces alrededor de 500,000 Kms., o sea superior a la suma de lo que se explotaban en el resto del mundo. Pero la gran actividad industrial que hubo de desarrollar en la provisión de los países beligerantes y el estado de relativa estagnación productiva en que yacían algunas apartadas zonas agrícolas e industriales del

país, lejanas a sus vías férreas, incrementaron considerablemente la movilización y con ello el uso del trasporte automovilístico, lo que en suma vino a originar un trastorno radical en los sistemas de calzadas, que se hicieron, no sólo inconvenientes e incapaces para el buen servicio, sino también inaptas para el correcto tránsito.

Este fenómeno se debió principalmente al hecho cierto y comprobado de que la velocidad y peso de los automóviles, como asimismo el empleo de las llantas de goma, se traducía en una aspiración y desintegración tales, en la superficie de los rodados y cuerpo interno de los caminos, que se impuso la necesidad de modificar en forma sustancial los sistemas constructivos en uso, de lo cual deja constancia un ingeniero inglés, Mr. Fred A. Talbot, al decir «que caminos con aspecto tan sólido e inamovible como una roca, con una superficie excelente, que habían soportado por más de una centuria el pesado tráfico de los pesados carros tirados por caballos, fueron hechos pedazos por los pulverizadores camiones y ómnibus».

Esa necesidad de reforma, impulsada por una extraordinaria y considerable acción pública, dió origen en algunos Estados a la creación de Oficinas técnicas especiales, encargadas de estudiar la manera práctica de salvar tales deficiencias y más tarde, en Julio de 1916, al dictado de una ley federal, *The aid road act*, por la cual el Poder Central otorga ayuda financiera a todas aquellas construcciones camineras que sean previamente aceptadas por el Consejo Directivo de una Oficina *ad-hoc*, establecida en Wáshington D. C., *(The bureau of public roads)*, y que funciona como dependencia inmediata de la Secretaría de Agricultura.

Desde ese momento entraron, pues, a intervenir en la formación y ejecución del programa de mejoramiento de las carreteras norte-americanas, dos autoridades: los *Gobernadores de Estados*, con la cooperación directa de sus propias Oficinas técnicas y la *Secretaría de Agricultura*, asesorada asimismo por el *Bureau* a que se ha hecho referencia, quienes acordaron para

la inmensa red caminera de la República la siguiente clasificación:

1.° Los altos caminos, denominados allá *highways*, que son los que comunican entre sí las grandes ciudades y los centros industriales de señalada importancia, a cuya construcción o mejora debía cooperar con su ayuda financiera el Poder Central, y

2.° Las vías restantes, cuya construcción y conservación debía seguir a cargo únicamente de las Gobernaciones estaduales.

En conformidad a esta clasificación se acordó por de pronto declarar *highways* el 7% de la red total de caminos, que entonces se elevaba *4.5* millones de Kms. y propender a que esa primera cuota quedara terminada en un período de tiempo no superior a diez años. Pero la trascendencia y éxitos obtenidos en la ejecución de ese programa, originaron posteriormente una enmienda ampliatoria de la ayuda federal otorgada en 1916, dictándose al efecto, en Noviembre de 1921, una nueva ley, llamada a fortalecer considerablemente la acción y fiscalización del Poder Central, sea incrementando la ayuda financiera o mejor controlando la inversión de los fondos otorgados.

En conformidad a lo anterior se estableció que cada Estado constituyera por su cuenta una Oficina técnica, provista del personal y laboratorios adecuados, a fin de que procediera al estudio razonado, en todas sus faces, del problema de su expedita vialidad, como asimismo para que atendiera directamente la construcción y conservación de su propia red caminera, sobre la base e instrucciones que oportunamente le fueran enviadas por el *Bureau* de Wáshington, como organismo encargado de determinar el monto financiero de la ayuda federal.

Los detalles de esta organización, que son muy completos e interesantes, pueden consultarse en una reciente monografía del *Bureau*, suscrita por el ingeniero W. Stull Holt y en las publicaciones periódicas del *Institute for Government research* y de la *American road builders association*, que dan minuciosa cuenta de las inversiones verdaderamente fabulosas, hechas año a año por los Estados y el Poder Central, que sólo en los dos últimos años sumaron 1,500 millones de dóllares.

A fin de cooperar en la mejor forma a esta trascendental acción de los poderes públicos, y tomando en cuenta que en todos los caminos en uso, sean estos de concreto, mac-adams, top-soil, o simplemente de tierra, etc., actúan hoy automóviles y camiones, cuyas influencias dinámicas sobre las calzadas no son aún bien conocidas, tanto los Estados, como el *Bureau* de Wáshington han creído conveniente establecer en diversos puntos de la República, campos y laboratorios de experimentación, sumamente interesantes de conocer, entre los cuales merecen cita especial los de Arlington, en Virginia y de Bates, en Illinois, por la amplitud y lujo de sus dotaciones.

El primero proporciona a las Oficinas técnicas estaduales y a las Empresas industriales que lo solicitan, un cúmulo de experiencias sobre las más variadas observaciones que directamente hacen, valiéndose de instrumentos y laboratorios de la más variada índole, como ser: *Contadores*, que registran automáticamente el número de vehículos que pasan por puntos determinados; *Acelerómetros*, que miden la intensidad del movimiento vehicular; *Medidores de esfuerzos*, que indican gráficamente las deformaciones del pavimento; *Prorilómetros*, que registran en marcha el perfil del camino seguido por un automóvil; *Máquinas de impactos*, que simulan los golpes en las calzadas producidos por la circulación vehicular, etc., y otros que se relacionan con el tránsito y los gastos derivados del tráfico.

Son tan valiosos y variados estos experimentos, que entre otros se nos citaron los resultados obtenidos en el estudio de los desgastes en las bandas de contacto de los frenos en los auto-motores, a virtud de los cuales se ha llegado a modificaciones o perfeccionamientos tales, que por sí solos significan a los automovilistas mundiales una economía superior a diez millones de dóllares al año y lo propio ha pasado con otras mejoras introducidas en la volatilización de la gasolina, aconsejadas por la Oficina experimental a que estamos aludiendo.

En cuanto al segundo, se refiere a un camino *ad-hoc* de experimentación, que tiene 5 Kms. de largo, 63 secciones y 200

mil dóllares de costo, destinado a estudiar las ventajas e inconveniencias de todos los pavimentos en uso en la gran República, lo que es recogido y analizado por una Oficina técnica, dirigida por Mr. Clifford Older, que publica periódicamente folletos llamados a una amplia circulación entre los Funcionarios de Estados y hasta de quienes privadamente los soliciten. Fácil es, pues, comprender la utilidad de estos experimentos controlados y los yerros que ellos corrigen, como asimismo las ventajas incalculables que ellos pueden reportar a las naciones sud-americanas, que sólo ahora se inician en una política caminera activa y consciente.

Tenemos, pues, en conformidad a lo anterior, que los Estados disponen para el estudio, construcción y conservación de sus redes de caminos, de tres importantes cuotas financieras:

a) La ayuda federal;

b) Los fondos que anualmente consulten los presupuestos estaduales; y

c) Los producidos de empréstitos que legalmente autoricen los Gobernadores de Estado.

La ayuda federal, que aproximadamente se eleva a unos 60 millones de dóllares por año, es repartida proporcionalmente entre los trabajos acordados en los 48 Estados que forman La Unión y sólo puede invertirse en la *construcción* de los caminos que figuren en la lista aprobada por el Departamento de Agricultura de Wáshington, lo que no pasa con los otros renglones, que son directamente distribuidos por los Gobernadores, de acuerdo con las Oficinas técnicas respectivas, tanto en la construcción, como en la *conservación* de los caminos, lo último de los cuales es extraordinariamente atendido. En cada Estado hay cientos de cuadrillas, perfectamente dotadas de personal y maquinarias, que atienden y reparan permanentemente —y sobre todo después de as lluvias y nevadas, allá tan frecuentes y considerables,—el menor desperfecto que se note, ya que todos están conscientes de que moriría en el acto el entusiasmo y fe que hoy se tiene en la eficacia de las grandes inversiones que a este respecto se hacen, si no se tuviera todo la

red caminera en el más perfecto estado de conservación y movilización.

Pero como los ítems *a* y *b* citados más atrás son, hoy por hoy, insuficientes para satisfacer las exigencias constructivas manifestadas por los industriales y la población que se moviliza en forma imponderable, se ha debido recurrir a los empréstitos señalados en el ítem *b*, que suman cientos y miles de millones de dóllares, y que son cubiertos con una facilidad asombrosa y en especial por los propios usufructuarios de los *highways*, o sea por los constructores de automóviles, camiones, maquinarias de caminos y aun por los mismos automovilistas, constituidos en asociaciones.

Es también digno de dar a conocer la forma sencillísima en que se hace el servicio y amortización de esos empréstitos, que sólo gravan a los principales beneficiados por las ideales vías de movilización a que se ha hecho referencia, o sea por los propios dueños de los auto-motores que por ellas transitan y expendedores de bencina, a los cuales se les cobran las siguientes contribuciones extras:

1.° Una que pagan los automovilistas, en proporción al número de caballos de fuerza de sus máquinas;

2.° Otra que se aplica a los camiones en circulación, que es proporcional al tonelaje que ellos pueden trasportar; y

3.° Una última que actúa sobre el expendio de la bencina necesaria a las movilizaciones anteriores.

Estas contribuciones varían de Estado a Estado y por lo general su monto es *inversamente* proporcional al número de auto-motores inscritos en los roles de tráfico; pero, según detalles que he podido tomar en el *Highways green book* de 1922, sus promedios pueden estimarse en las cantidades siguientes, expresadas en oro americano:

Automóviles.....	$ 0.50 por H. P.
Camiones.....	25.00 por tonelada
Bencina.....	0.03 por galón

Un galón equivale a 3.5 litros.

Para formarse concepto de lo que estos coeficientes significan en las rentabilidades estaduales, es indispensable dar a conocer algunos datos generales sobre la extraordinaria importancia que en los Estados Unidos tiene la industria automovilística y su movilización actual, que no tiene paralelo en el mundo, como paso a manifestarlo.

* * *

La industria de automóviles, que es originaria de los Estados Unidos, ha incrementado su importancia en los últimos años en forma tal, que la producción de cuatro mil automóviles en 1900, con un valor de 5.5 millones de dóllares, ha llegado en 1923 a más de cuatro millones, con un valor muy próximo a 3,000 millones de dóllares...

Este extraordinario incremento queda mejor de manifiesto en el cuadro siguiente, que da el *número* de auto-motores producido y su *valor*, expresado en millones de dóllares:

	Producción	Valor
1900.....	4.100	5.5
1910.....	192.000	235.3
1920.....	2,430.700	1,975.6
1923.....	4.087.000	2.805.1

La producción del año último se puede detallar así:

	Número	Valor
Automóviles.....	3.694,240	2,494.0
Camiones.....	392.760	311.1
Total	4,087,000	2.805.1

Y curioso es observar que más del 90% de esta enorme producción queda en el país, para atender a las crecientes ne-

cesidades del tráfico. La exportación de 1923 sólo subió a 330.000 unidades, con un valor de 190 millones de dóllares.

En esta forma, según lo expresa la estadística, se puede establecer el hecho perfectamente extraordinario y quizás único, de que sobre 18 millones de automóviles que actualmente circulan en el mundo, al rededor de 16 millones trafican en los Estados Unidos, siguiéndole en importancia, pero muy distanciadamente, el Canadá, que cuenta 640,000.

De manera que en esa República se puede trasportar *simultáneamente* toda su población de 115 millones de habitantes, a razón de *siete personas* por vehículo...

Entrando en mayores detalles, podría agregar aún que actualmente hay cinco Estados (New York, California, Ohio, Pensylvania e Illinois) que poseen más de *un millón* de automóviles cada uno y todavía, que el grado de saturación ha llegado a tal punto, que en uno de ellos, California, se cuenta con *un automóvil por cada tres habitantes*...

El Estado peor dotado, el de Nevada, cuenta con más automóviles que todo Chile.

De lo anterior se deduce que en los Estados Unidos los automóviles no constituyen artículos de lujo, sino de imprescindible necesidad.

Para aquilatar aún en forma más fehaciente la extraordinaria importancia que tiene en ese país la industria automovilística, podemos agregar que ella ocupa en sus faenas hoy día, cerca de tres millones de operarios, lo que representa, con sus familias, una población no inferior a 15 millones de habitantes y todavía que el valor de 2,805 millones de dóllares a que ascendió la producción automovilística de 1923, equivale a la *suma* del producido por la minería de Chile (salitre, cobre, carbón, etc.) durante los 15 últimos años.

Esta serie de interesantes datos, que he extractado de una publicación oficial muy reciente *(Facts and figures of the automovile industre.*—1924), explican que el producido por los impuestos automovilísticos a que he hecho referencia más atrás, ha subido el año pasado a la enorme suma de 475 millones de

dóllares, de los cuales 40 millones corresponden a la contribución sobre el expendio de bencina; cantidad que por sí sola bastaría al servicio y amortización de un capital o empréstito no inferior a 10,000 millones de dóllares, cien millones de nuestros actuales pesos!...

* * *

Estas cuantiosas cifras, que podrían parecer fantásticas si no estuvieran derivadas de la estadística oficial, manifiestan la enorme potencialidad financiera de las Oficinas técnicas encargadas de la constante construcción y mejora de los caminos de la gran República y predicen incrementos incalculables en ese ramo de la actividad nacional, ya que, como es fácil comprenderlo, el número de automóviles en circulación y de kilómetros de carreteras de calzada dura o definitiva tendrán siempre que marchar en proporción aritmética, si no geométrica. Mientras más automóviles, mejores caminos y mientras mejores caminos, más automóviles.

Este tendrá que ser el círculo de las realidades.

Creo de oportunidad citar aquí un fenómeno que allá observé y que parece una paradoja, pero que es perfectamente lógico y explicable después de apreciar los hechos, y es que los que más piden *good roads* sean los propios contribuyentes, los propios automovilistas.

La razón científica de esto es que la experiencia dice que lo que ellos pagan a título de impuestos, es apenas *un tercio*, si no un cuarto, de lo que a su vez economizan en bencina, reparaciones, neumáticos, tiempo, etc., a virtud del aprovechamiento de los buenos caminos.

A este respecto podría citar muchas y muy concluyentes observaciones prácticas, basadas en la estadística y en la práctica real en los Estados Unidos; pero, para abreviar, me limitaré a decir que sólo la economía de bencina que tiene un automóvil al traficar en un camino de afirmado duro, comparada con el gasto que tendría en una calzada de tierra, se estima en 20

dóllares por año o sea algo equivalente al monto total de la contribución anual.

De ahí que sea perfectamente justificada una expresión que muchas veces oí a las autoridades de los Estados Unidos, refiriéndose a los *highways:*

—No construímos buenos caminos para satisfacer un *lujo* o una aspiración personal, sino meramente por *negocio*, por evidente conveniencia financiera en tenerlos, ya que a la economía de movilización que ellos producen, hay que agregar el incremento de la valoración territorial.

Huelgan a este respecto mayores informaciones, que por lo demás podrían consultarse en un folleto que sobre la ley de caminos de Chile escribí en 1909, cuando se discutían sus disposiciones en el Congreso Nacional.

Como complemento obligado de lo anterior, podrían darse datos minuciosos sobre los diversos sistemas de construcción y conservación en uso en los Estados Unidos; pero ellos deben ser reservados para el *Informe* Oficial que la Delegación Chilena ante la *Pan-American Highways Commission* tiene el propósito de presentar a nuestro Gobierno, limitándome sólo a decir que la tendencia general es construir caminos de calzada dura y, cualquiera que sea la naturaleza de ésta, de adoptar siempre trazados definitivos, susceptibles de ser aprovechados en todo tiempo, como asimismo que nada ni nadie aconseja *exagerar* los anchos de la sección de tránsito. Los caminos de concreto sólo tienen 6 metros de calzada dura.

Esto lo digo después de recorrer miles y miles de kilómetros de carreteras, desde la región accidentada de Carolina del Norte, hasta la plana y cenagosa de Minnesotta, por algo denominada de los Cien mil lagos, donde tuvimos oportunidad de transitar por cientos de kilómetros de caminos de grava y concreto, relativamente baratos y perfectamente estables, siendo que al lado, a pocos metros, se extendía una región tan pantanosa que sólo la débil presión del cuerpo, permitía hincar en el terreno una varilla de fierro de más de cinco metros de largo. Esa zona de *tembladeras* era muy semejante a determinadas

regiones del sur de Chile, por lo cual nos interesó vivamente el sistema constructivo que en ella se usaba, basado principalmente en un drenaje profundo y en el empleo de arcillas plásticas , que se comprimían por el tráfico continuado de muchos meses y no por el empleo de rodillos pesados, tan comunes e indispensables en otras partes del país.

Las características principales de estas calzadas, muy frecuentes en el Condado de Aitken y otros, se pueden resumir así:

En los propios pantanos, formados por detritus vegetales hasta de 15 mts. de espesor (peat swamp) se labran hondos pasos laterales, que sirven de drenaje a la faja de 7 mts que tiene el camino, la que una vez nivelada, se la cubre de una *capa de grava* (800 yardas cúbicas por milla) que se abandona a su propio peso, a fin de que se solidifique más y más a virtud del tránsito vehicular y la acción del tiempo.

Digno es de notar que estos caminos, al parecer tan deleznables, se conservan en perfecto estado, a pesar de llevar ya seis años de servicio activo y de tener un tránsito de más de 500 automóviles por día. Los costos de construcción y conservación anual se estiman en una cifra aproximada a 1,800 y 400 dóllares por Km respectivamente.

Podemos aún agregar que en algunas partes, como ser en la sección de Hibbing a Eveleth, de 45 Kms., donde el tránsito actual sube ya de 2,500 vehículos diarios, ha sido menester reemplazar la superficie de grava, por una de concreto, reforzada por malla pesada, con lo cual el costo de construcción se ha elevado a 30,000 dóllares por Km; pero es curioso anotar el hecho comprobado de que las grietas observadas en este camino y que por lo general se deben a la acción de las heladas, ahí muy considerables, no se producen en las secciones pantanosas, sino en los cortes de terreno duro.

Como se ve, la tendencia general y lógica de los Estados Unidos—y a ese *desideratum* se llegará tarde o temprano, dado el extraordinario crecimiento de su tráfico vehicular—es de dotar a todos los caminos de pavimento duro, de conereto,

cuyo espesor fluctúa entre 0.25 y 0.30 mts., sobre el cual se coloca una capa lisa de concreto-asfáltico de 0,05 mts. En esta forma el costo medio de estos *highways* se estima en unos 20,000 dóllares por Km. con lo cual se tienen calzadas algo caras; pero muy durables y con un costo de conservación mínimo

Sin perjuicio de lo anterior, bueno es decir que en ese país se construyen caminos de toda índole (concreto, bitulithic, granítico, madera grava, asfalto-esquitoso, mac-adam, top-soils, topeka, tierra, etc) como pudimos verlo en nuestra reciente gira y aun podría citar casos en que en Estados tan ricos y progresistas como el de Illinois, cerca de Goodfield, se utilizan calzadas de tierra, que se conservan y lubrifican admirablemente, Como se ha dicho, el costo del camino siempre se trata que sea proporcional a la intensidad de su tránsito, y de ahí la variedad de sus construcciones; y tanto es así, que en zonas muy pobladas, como las del Estado de New Yersey y otras de Ohio que nos fué dado visitar, pudimos ver caminos extra-buenos y cuyos costos subían a cien y más miles de dollares por kilómetro, lo que en gran parte depende de las dificultades topográficas a vencer, ya que la calzada misma (ancho, espesor, componentes, etc.) no varía sustancialmente. Las valiosas y permanentes experiencias que se realizan en Bates y otros laboratorios, vienen, por lo demás, conduciendo a tipos *standards*, que paulatinamente serán adoptados por las Oficinas Técnicas estaduales.

* * *

Lo anterior demuestra ampliamente que la potencialidad económica de los Estados Unidos en materia de caminos no es comparable con la de ningún país del orbe y menos con los de Sud-América, cuyas finanzas siempre han vivido en situación precaria y restringida; sin embargo, los datos analizados pueden conducirnos a observaciones aprovechables entre nosotros.

En primer lugar, es un principio universalmente aceptado allá, que la solución del problema de los *buenos caminos* habrá de significar siempre a las naciones que la acometan, inversiones sumamente cuantiosas de dinero y todavía que estas, para su correcto aprovechamiento, deben realizarse al tenor de un programa prévio, bien estudiado, y que abarque la cuestión en conjunto y no por parcialidades, como desgraciadamente pasa entre nosotros.

Estudiando las modalidades de nuestra ley de caminos de 5 de Marzo de 1920, vemos que estos *desideratums* son difíciles, si no imposibles de obtener, tanto porque los *ítems* que forman el *fondo* de sus actividades son insuficientes, si se atiende a las crecientes necesidades modernas en materia de inversiones, como porque el mecanismo engorroso de *Juntas Departamentales* y *Comunales* hace casi impracticable todo trabajo ordenado y de conjunto. En el estado actual de cosas ese fondo suma alrededor de 20 millones de pesos anuales.

Conviene, pues, *incrementar* la Caja de inversiones a lo posible y *suprimir* las Juntas Comunales, tal como lo propuse previsoramente en un detallado estudio que, con el título *La Ley de Caminos*, publiqué en 1919, cuando se discutía este asunto en el Congreso Nacional.

De ahí la necesidad de provocar una enmienda moderada de esa ley, que en sus términos generales es buena; enmienda que se podría acometer al tenor de un programa definido de política-caminera, cuyas bases generales podrían ser las siguientes:

1.—En términos generales y salvo las objeciones hechas a los escasos fondos de que se dispone y a la existencia de organismos incongruentes y obtaculizadores, las modalidades de la Ley de Caminos vigente son convenientes y apropiadas; pero se ha burlado en tal forma su aplicación, que hasta se han dispuesto en fines extraños, los fondos acumulados para su servicio. Esto es fácil corregirlo, mediante una fiscalización correcta de los poderes públicos.

2.—Para obviar la falta de fondos y poder realizar un programa eficiente y práctico en materia de caminos, es indispen-

sable disponer de una suma *inicial* de dinero suficientemente cuantiosa, no inferior quizás a cien o ciento cincuenta millones de pesos, que se podría obtener mediante la contratación de un empréstito, cuyo servicio y amortización se podría hacer con parte, el 60 % por ejemplo, de los fondos a que hace referencia el Art. 25 de la ley. Si fuere menester se podría incrementar esa cuota con un impuesto-extra que grave prudencialmente el expendio de la bencina, tal como se practica en los Estados Unidos.

3.—Como base inicial de esta política caminera es indispensable constituir un ministerio u otro organismo central, que forme de una vez un programa constructivo adecuado, garantice el fiel cumplimiento de las disposiciones de la ley, inspire confianza pública en la correcta inversión de los fondos y otorgue al capítulo de la conservación de los caminos igual, si no superior importancia que a la construcción misma de las vías de comunicación.

4.—Dentro de ese plan o programa constructivo debe consultarse con *calzada dura*, todo camino que tenga una intensidad de tránsito *compatible* con el crecido gasto que esto signifique, cuidando de seleccionar en la mejor forma los materiales de construcción y los tipos o normas en uso; y

5.—Los demás caminos deben construirse sobre la base de trazados y niveles *definitivos*, a fin de que en lo futuro, cuando la intensidad del tránsito aconseje una mejora en la calzada, puedan ser aprovechados sin mayores inconvenientes.

Omito, por innecesarias y haberlas desarrollado en otra oportunidad, la justificación de cada una de estas medidas, cuya importancia sabrá aquilatar el recto y prestigiado criterio del actual Ministro de Obras Públicas, cuya dedicación y entusiasmo en pro de la mejora de nuestra vialidad pública son suficientemente conocidos y apreciados en el país.

Ing. SANTIAGO MARIN VICUÑA.
(Miembro de la Pan-American Highway Commission)

NOVEDADES LITERARIAS de la LIBRERÍA GATH & CHAVES

F. Ossendowski.—Bestias. Hombres. Dioses	$	7.50
Lewis S. Palen.—Como se escapó el demonio blanco del Mar Negro		7.50
Diego San José.—Una pica en Flandes		7.20
Luis Araquistain.—La vuelta del mundo		7.20
J. Brousson.—Anatole France en Zapatillas		7.50
Cansinos Assens.—Las luminarias de Hanukah		7.50
von Laffert.—Fuego en el Polo Norte. 2 tomos		14.40
Augusto D'Halmar.—La Pasión y Muerte del Cura Deusto		7.20
Id. —La sombra del humo en el espejo		7.20
Hauptmann.—El hereje de Soana, (Empastado)		8.20
Richard Voss.—De poder a poder		
Abel Hermant.—El sobornador		7.85
E. Ramírez Angel.—Los ojos cerrados		7.20
Fr. Malleczewen.—La dama de Nueva York		6.20
Einstein al alcance de todos		1.60

Gath & Chaves, Ltd.

ATENEA

Revista publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora: ENRIQUE MOLINA, SAMUEL ZENTENO A., LUIS DAVID CRUZ OCAMPO, SALVADOR GÁLVEZ y ABRAHAM VALENZUELA, (Secretario).

Director artístico y representante general en Santiago:
EDUARDO BARRIOS

Impresor y encargado general de la venta:
EDITORIAL NASCIMENTO

Direcciones:

"ATENEA". Pasaje Galán Of. 11, Casilla, Correo N.º 920. Concepción
EDUARDO BARRIOS, San Isidro N.º 387, Santiago
EDITORIAL NASCIMENTO, Ahumada 125, Casilla 2298, Teléfono 3759, Central. Santiago

LOS ORIGINALES, deben enviarse copiados a máquina, directamente a la Secretaría de la Revista, o entregarse a nuestro representante en Santiago, don Eduardo Barrios. :: :: ::

ATENEA, inició su publicación en 1924, y como era grande la demanda por colecciones completas, acabamos de reimprimir los números agotados, y ofrecemos colecciones completas de 1924

10 números..... $ 24.00

Es un selecto conjunto de literatura original chilena, o de traducciones antes inéditas en castellano de mérito universal.

Precio de la suscripción para 1925:

Un año.....	$ 24.00
Seis meses.....	14.00
Precio del número.....	3.00

LIBRERÍA Y EDITORIAL NASCIMENTO, Ahumada 125
Talleres: Arturo Prat 1430. Teléfono 266, Matadero. Santiago